

A vintage movie poster for the film 'Le Désir de l'Amour'. The central image shows a man in a dark military-style uniform with epaulettes and a woman in a long, flowing white gown with a lace train. They are in a romantic pose, with the man leaning in to kiss the woman on the cheek. The background is a warm, reddish-brown color with vertical architectural elements. The title 'LE DESIR DE L'AMOUR' is written vertically on the left in large, stylized letters. The name 'MAURICE CHEVALIER' is in the top right, and 'EDICIONES BIBLIOTECA FILMS' is at the bottom right.

MAURICE
CHEVALIER

LE
DESIR
DE
L'AMOUR

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS



Carra 1.

PRODUCCIÓN SONORA DE LA INVICTA MARCA
==PARAMOUNT FILMS==



Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

REVISADO POR
LA CENSURA

1 9 3 0

IMPRESA COMERCIAL.-Valencia, 254.-BARCELONA.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, 934 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

**EL DESFILE
DEL AMOR**

Adaptación de la película del mismo título
basado en la obra teatral "*El Príncipe
Consorte*" en forma literaria, interpretada
por los grandes y eminentes artistas

MAURICE CHEVALIER
Y
JEANNETTE MAC DONALD

VERSION LITERARIA DE
MANUEL NIETO GALÁN



PRINCIPALES INTERPRETES

Alfredo Renard. MAURICE CHEVALIER
Reina Luisa. JEANETTE MACDONALD
Jacques. LUPINO LANE
Lulú. LILLIAN ROTH

3.ª Edición

EL DESFILE DEL AMOR

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PARIS

PARIS, la ciudad de la eterna sonrisa, la que sabe ahogar su pena bajo la capa dorada de la alegría ruidosa y bullanguera, con sus noches de Montmartre y de Maxims, que por tener nombres de mujer sabe también revestirse de esa deliciosa frivolidad de damita coqueta y elegante, tenía la alta dicha de albergar al simpático conde Alfredo Renard, agregado honorario de la Embajada de Silvania en la capital francesa, que había hecho de ella el campo de operaciones de sus correrías amorosas. Joven, rico, de apuesta figura y de simpatía extrema, al poco tiempo de llegar a París había ganado el favor de sus habitantes y su nombre no tardó en ser conocido como el de un nuevo Don Juan. Todo París parecía confabulado para admirar la juventud, la alegría y el espíritu conquistador del joven diplomático. Sus aventuras se con-

taban, entre grandes carcajadas y llegaron a cantarse con música de operetas y couplets de moda y sus escándalos con mujeres desengañadas y maridos burlados constituían la nota más atrayente de todo París.

Para él la mujer era flor bellísima en el jardín de la vida y solamente se detenía para gozar su perfume, para embriagarse en su aroma, pero sin arrancarla, para evitar complicaciones del corazón.

Cuando lo presentamos por primera vez a nuestros lectores, Alfredo Renard llegaba a su casa y pretendía, aunque inútilmente, convencer a su nueva conquista de lo injustificado de sus temores y de sus quejas.

—No he podido ir a buscarte, porque he tenido que estar en la embajada—le decía el conde.

—¿En la embajada?—le preguntó irritada su amante—. ¿Y allí te has encontrado esta liga que tenías en un bolsillo del gabán?

—Pero... ¿no es tuya?—exclamó Alfredo, para quien las reconvenciones de la dama, le iban resultando molestísimas.

Ella para demostrarle que no, levantó su falda hasta el punto donde las señoras suelen colocarse esta íntima prenda y le dijo:

—¿Mía?... ¿Crees acaso que necesito ir provista de un almácigo de ligas?

—Pues entonces—respondió él—no sé de quién podrá ser. A lo mejor es que mi criado se ha puesto mi gabán equivocadamente y como es tan juerguista...

—¡A mí no me engañas tan fácilmente como a las

otras!—exclamó la dama, a la vez que sacaba de su bolso un artístico revólver—. ¡Te defenderé contra todo y contra todas! ¡Prefiero la muerte, antes que verte en brazos de otra mujer!

Aquello se ponía mucho más serio de lo que esperaba Alfredo. Eso de tener que ver con las armas de fuego no le era nada simpático y se abalanzó sobre ella pretendiendo quitarle la pistola, cuando se oyeron voces de un hombre al lado de la puerta, diciendo:

—Es inútil que pretenda ocultarlos. Sé que están aquí y entraré.

—¡Mi marido!—exclamó la dama, abrazándose a Alfredo.

Pero en el momento en que el esposo ultrajado iba a traspasar los umbrales de la sala, sonó una detonación y la enamorada mujer, pagó con su vida la inmensidad de su pasión.

El esposo, olvidó instantáneamente el ultraje inferido por la que llevaba su nombre y sin pensar más que en la muerte de aquel ser amado, se abrazó a ella sollozando.

Después levantó la vista hacia Alfredo que permanecía inmóvil, cual corresponde a todo caballero que no huye a la responsabilidad de sus actos, y se levantó diciéndole, empuñando la pistola con la que se había dado muerte su esposa:

—¡Usted es el culpable de su muerte!... ¡Mi esposa me había contado todo!... Puesto que ella ha muerto, usted también debe morir.

El conde Alfredo Renard no se movió. Recordó mo-

mentáneamente los nombres de todos aquellos hombres que su heroísmo los había hecho célebres y pensó que el suyo también pasaría a la historia como el de un nuevo Romeo.

El marido hizo fuego sobre el pecho de Alfredo, sonó la detonación, pero Alfredo permaneció en pie, como si la bala hubiera sido desviada por una mano mágica.

—¿No está usted herido?—preguntó extrañado el esposo, a la vez que examinaba la pistola.

Alfredo acercándose a él, para revisar también el arma, respondió:

—Sin duda debe estar descompuesta, porque yo no me noto nada.

Y cuando más entusiasmados estaban en su inspección se levantó la dama y exclamó, dirigiéndose a su marido:

—¡No seas imbécil!... ¿No ves que solamente tiene el pistón?... ¿Acaso creías que me iba a matar de veras?

El esposo dio una prueba del inmenso cariño que le profesaba a su media naranja sonriendo satisfecho y procurando abrochar el vestido de su mujer, que al fin le dijo:

—No sabes, ni siquiera abrochar un vestido de una dama... ¿Alfredo, haces el favor?

Y el joven diplomático, con esa experiencia tan común en los hombres acostumbrados a estos menesteres y con su habitual galantería, abrochó inmediatamente el vestido, diciéndole al esposo, cuando hubo terminado:

—¿Veis, señor, qué fácil es abrochar un vestido de mujer?

Los dos esposos salieron y Alfredo respiró satisfecho al verse libre de ellos, pero sus embrollos habían llegado

a ser tan escandalosos que el embajador se creyó en el caso de intervenir y se presentó aquella misma noche diciéndole:

—Su último escándalo ha colmado ya la medida, conde... Regresaréis a Silvania al instante... ¡Es ya bochornosa su conducta!

—¡Puras columnias, señor embajador! — exclamó el conde.

Pero al darse cuenta que aún tenía en la mano la liga, que había suscitado la pelea anterior, se llevó el brazo a la espalda, sin que el embajador se diera cuenta de su maniobra y mucho menos aún de que el fiel perro de Alfredo sacaba a su amo del compromiso llevándose la comprometedora prenda.

—Es inútil que se disculpe, conde—continuó diciendo severamente el embajador—. No me lo han contado... lo he visto ya con mis propios ojos.

Aun en aquellas circunstancias el conde Alfredo tuvo una contestación que denotaba hasta qué punto su optimismo veía las cosas más graves de la vida y le respondió:

—Si lo hubiera sabido, no le quepa duda que lo habría llevado a mejores sitios.

—Lo que hará usted—exclamó el Embajador—es tomar el primer tren que salga para Silvania inmediatamente.

—¿Y por qué no un aeroplano?—exclamó sonriendo el conde.

El embajador viendo que era inútil el querer hacer ca-

rrera de Alfredo, salió de la casa después de haber repetido la orden de que saliera para la corte de Silvania.

Para un carácter como el de Alfredo era necesario que su criado fuese también apropiado y nadie mejor que el que le servía, un tal Jacques, bromista como su amo y con quien se había compenetrado de tal modo, que bien podría decirse que eran dos cuerpos diferentes y un solo cerebro a pensar.

Tan pronto como se marchó el embajador llamó a su criado y le dijo tristemente:

—Jacques, tendré que privarme de tus servicios.

—¿Piensa usted matarse? — le preguntó, riendo, el criado.

—Algo peor... Tengo que abandonar París inmediatamente. ¡Dejar esta ciudad, alma de mi alma, abandonar sus mujeres deliciosas, sus noches maravillosas, el amor que en ella se respira por todas partes!...

—¿Y qué va a hacer usted sin mí?—preguntó el criado—. ¿Quién imitará su voz por el teléfono cuando le llame alguna mujer, para hacerle creer que está usted en casa?

—No sé—respondió Alfredo—. Todavía no he pensado en ello.

—Yo sí—exclamó el criado—. Me lleva usted a Silvania y todo queda arreglado.

—Llevas razón. Vendrás conmigo, si es que no te duele dejar París.

—Dejar París siempre es doloroso—respondió el sirviente—. Yo también dejo aquí mis amores... No son da-

mas como las de sus conquistas, pero son doncellas y criadas... ¡Y que las hay como para perder el sentido!

Alfredo se echó a reír de la ocurrencia de su criado y abrió la ventana, para extasiarse por última vez en la contemplación de la maravillosa ciudad, de aquella ciudad que tan pródigamente le había brindado el amor y que tenía forzosamente que abandonar.

Extendió la vista por todo el paisaje que ofrecían las grandes avenidas y su corazón no pudo reprimir los latidos de su corazón, que parecía llorar con él aquella ausencia que se le obligaba. Sin embargo, la pena en él no podía durar mucho tiempo y vino a su mente una canción que había oído como despedida a la Ciudad Luz y allí mismo la repitió, cantando:

PARIS, YO TE AMO...

(Paris, je t'aime)

(Paris, stay the same)

¡Oh mi París, la villa ideal

que hoy debo abandonar!

¡Adiós, la bella capital

donde he aprendido a amar!

¡París, yo te amo,

yo te amo, yo te amo!

Como a la amante

más fascinante,
Y aunque muy pronto tú me olvidarás...
Yo tus delicias no podré olvidar jamás...

Por las delicias
de las caricias
de tus mujeres.
Por tus placeres...
Tuyo, París, es ya mi corazón...
¡París, yo te amo... con pasión!

Más de una linda parisién
mi dicha supo hacer,
tú me has brindado todo bien.
¡París, Ciudad, Mujer!
¡París, yo te amo,
yo te amo, yo te amo!
Por el encanto
tuyo, que es tanto.
Y aunque muy pronto tú me olvidarás...
Yo tus delicias no podré olvidar jamás...

Tu fresca brisa,
tu loca risa,
todo en ti convida

a amar la vida.

Tuyo, París, es ya mi corazón.

¡París, yo te amo...

...con pasión!

Jacques desde la otra habitación había oído la despedida que su amo le brindaba a París y él tampoco quiso ser menos. ¿Acaso él no quería a la ciudad con tanto cariño como Alfredo? Pues si así era, justo era también que le dedicara una de sus canciones y entonó otro adiós a la ciudad amada.

SILVANIA

Los turistas y especialmente los americanos que visitan Sylvania no dan importancia a las bellezas que encierra esta población, a sus jardines repletos de flores, a sus grandes edificios, a la suntuosidad de sus palacios, al lujo de la corte y a todo cuanto rodea a esta nación, que hace recordar los países imaginarios de los cuentos de hadas, y, sin embargo, Sylvania es la ciudad ideal, cuya belleza llega al alma, y se adueña de los sentidos evocando fantásticas visiones. Pero cuando el cicerone les dice que el edificio de la Opera costó ciento diez millones, se entusiasman los americanos y quedan mudos de asombro ante la cifra fantástica, sin pensar que Sylvania tiene una belleza mucho mayor, una belleza humana incomparable y es la de su reina.

Bastaría a Sylvania tener una mujer como su reina para poder decir con sobrada razón que tiene lo más bello del mundo. Sus súbditos adoran en ella y únicamente un pesar los acongoja. La joven reina detesta el amor, odia esta palabra y todos temen por la sucesión del Trono.

Como rica joya encerrada en un estuche de raso blan-

co, la reina Luisa vive dentro de la fantástica suntuosidad del Palacio Real.

Ya el sol casi se ha remontado sobre su trono cuando la guardia de Palacio hace la diaria "parada" al son de sus alegres cornetas y tambores. De pronto en el inmenso patio aparece un general y cesarándose con el oficial que manda la tropa le dice:

—;Olvida usted, teniente, que Su Majestad aún duerme?... ;Retírese de aquí, pero sin hacer el menor ruido!

Y el oficial, que momentos antes daba prueba de su bizarria mandando enérgicamente a los soldados, se atiene a la orden recibida y ordena en voz baja:

—En marcha, sobre las puntas de los pies,

Y de esta forma se hace la "parada".

En el interior de Palacio sucede lo mismo. Diríase que está deshabitado, por el silencio que reina en todas partes. Ante la alcoba real, las damas de honor esperan la hora para poder llamar a Su Majestad, cuando un reloj anuncia con sus campanas las horas de la mañana. Una de las damas apresúrase a pararlo y cuando lo hace, el ruido estridente del motor de un aeroplano atrona el espacio, amenazando con interrumpir el sueño real. La misma dama cierra herméticamente la ventana y todo vuelve a quedar en silencio. Diríase que el Palacio Real de Silvanía es el palacio encantado de un cuento de las mil y una noches...

Al cabo de una hora las damas entraron en la alcoba de la reina y la camarera de día despertó suavemente a Su Majestad. Su cuerpo entre los encajes de la cama, que

tenueamente moldeaban sus formas, tenía todo el aspecto de una diosa mitológica. Sonrió deliciosamente al ser despertada y exclamó:

—¿Por qué me despiertan siempre en medio de tan deliciosos sueños?

La laxitud de sus movimientos, los suspiros entrecortados que salían de su pecho y el brillo de sus ojos hicieron sonreír a la camarera y la hicieron exclamar:

—Yo quisiera que el sueño de Vuestra Majestad se realizara.

—¡Oh, es imposible!—suspiró la reina—. ¡Era tan bello, tan hermoso!

—¿Y no podéis decirnos qué es lo que soñabais?

—No lo comprenderíais ni yo sabría decirlo en el lenguaje vulgar. Para ello se necesitarían las más bellas frases inveteradas por el más famoso poeta y la música más inspirada del más genial compositor. Solamente es comparable con una canción que aprendí de niña y que dice:

SUEÑO DE AMOR

(*Rêve d'amour*)

(*Dream Lover*)

Esta noche, sueño ideal,
embeleso de un placer sin igual,
conoce de un doncel
el amor, dulce cual la miel.

Imposible de resistir
Besos, que el corazón hacen latir;
dueño fué de mi ser,
sin poderme defender.

Refrán

Felicidad de un dulce sueño
tan seductor y tan risueño,
que pronto sentí con gran rubor
todo un temblor.
Al despertar cesó el encanto
y quedé yo con mi quebranto.
¡Ay!, día raptor,
tú me robaste mi sueño de amor.

Cuando terminó de cantar se metió dentro del agua perfumada del baño y la camarera le dijo:

—Verdaderamente vuestro sueño es encantador. Anoche yo también soñé... Soñé que Vuestra Majestad se había casado...

—¿Y a eso llamas tú honito sueño?—exclamó despectivamente la reina.

—Pensad, Majestad—respondió la camarera—, que no hay nada más bello que el amor...

—Siempre oigo lo mismo—exclamó molestada la reina—. ¿Cuándo se casará la reina?... ¿Con quién se casará la reina?... ¡Qué fastidio!

En aquel momento la banda de Palacio comenzó a tocar la famosa marcha nupcial de Lohengrin y la reina protestó, diciendo:

—¿No tengo dicho que no se toque aquí esta música?

La camarera intentó disculpar al director, y repuso:

—Es un director nuevo, Majestad. Este ignora vuestra prohibición...

—¿Y el otro?

—El otro se casa hoy—contestó la camarera.

La reina hizo un gesto de desdén y terminó su tocado, para salir poco después al salón de recepción, donde ya la esperaban los ministros.

Se sentó ante ellos y adivinando sus pensamientos, les preguntó:

—¿A quién me proponen hoy mis ministros por esposo?

Ninguno de los que allí estaban presentes se atrevió a negar el acierto de la reina y el Presidente se atrevió a decir:

—Yo pienso, Majestad, que casándose no perdería ninguna de sus prerrogativas. Vuestro esposo sería simplemente Príncipe Consorte... No haría nada.

Varios ministros se quedaron mirando extrañados al Presidente y éste rectificó diciendo:

—Por supuesto, tanto como no hacer nada... no nos atrevemos a asegurarlo... Quise decir que sería únicamente el Príncipe Consorte.

—¿Os parece poco que fuera mi esposo?... ¿Tenerle que aguantar todo el día?

—Eso ya lo dejamos al criterio de Vuestra Majestad —respondió el Presidente.

Entre los ministros y la reina continuó discutiéndose el eterno asunto, mientras que en la puerta el conde Alfredo Renard, esperaba el momento de ser recibido por Su Majestad en audiencia.

Hacia dos días que había llegado a Silvania el conde y hasta entonces no se había decidido ir a ver a la reina. Tenía noticias de que era una mujer bellísima, pero que tanto como su belleza era el desprecio que sentía por los hombres. Esta circunstancia y la seguridad de que el Embajador habría ya remitido el informe sobre la conducta de su vida en París, había retenido su presentación y cuando la hizo, la preguntó, antes de entrar, al introductor:

—¿De qué talante está hoy Su Majestad, barón?

—Me parece que habéis venido en mal momento—contestó el barón—. ¿No sois de Silvania?

—Sí—respondió el conde—; pero he vivido mucho tiempo en París. De resultas de un catarro adquirí este acento tan francés.

—¿De un catarro?—preguntó el introductor, que era un hombre estrictamente cumplidor de las reglas de la Corte.

—Sí, el médico que visitaba tenía una mujer hermosísima... En un mes me quitó el catarro, pero me quedó con el "acento"...

En aquel instante se abrieron las puertas que comuni-

caban con el salón regio y se retiraron los ministros, a la vez que la reina los despedía, diciéndoles:

—Si siguen con sus impertinentes consejos de matrimonio, disolveré el Gabinete...

—Me parece que no llega en momento muy bueno—se dijo para sí el conde.

Pero su peregrino optimismo lo distrajo pronto de aquella idea y entró al salón donde estaba la reina, paseándose agitada, por la entrevista que acababa de tener con los ministros. Al verlo, se encaró con él y le preguntó:

—¿Quién sois?

—Soy el conde Alfredo de Renard, vuestro agregado militar en París, Majestad—respondió Alfredo, medio deslumbrado por la extraordinaria belleza de la mujer que tenía ante él.

—¡Tendrá que esperarse!—exclamó la reina, volviendo a sus paseos.

Al poco rato volvió otra vez a donde estaba Alfredo y nuevamente le dijo:

—¡Le he dicho que tendrá que esperarse!

—¡Creo que no hago otra cosa, Majestad!—respondió Alfredo, militarmente cuadrado.

—¿Quién habéis dicho que sois?—preguntó otra vez la reina.

—El conde Alfredo Renard, vuestro agregado militar en París, Majestad—repitió nuevamente el conde.

La reina se había sentado y casualmente sobre la mesa tenía el informe remitido por el embajador en París en cuya portada se leía:

"Informe confidencial del escandaloso comportamiento en París del conde Alfredo Renard."

Este, que pudo leerlo, pensó que había llegado el momento de tener que responder a los muchos lios que había dejado en París. La reina se puso de pie, lo miró detenidamente y cuando Alfredo esperaba la reprimenda, corrió a su tocador y se arregló coquetamente.

Al ver el esmero con que arreglaba su tocado, no cabía duda que la presencia de Alfredo había suscitado en la reina un sentimiento de coquetería que hasta entonces no había experimentado ante ningún hombre. Como es natural nada de esto adivinó Alfredo y esperó la vuelta de la reina, que nuevamente se puso a leer el informe. De cuando en cuando sonreía y al levantar la vista y ver que también el conde reía, se tapó la cara con el documento enviado por el embajador y leyó con vivo interés lo que decía de la conducta del agregado militar y de sus escándalos amorosos. Por fin, pudo dominar la risa que le producía y exclamó, afectando cierto disgusto:

—Tengo entendido que se ha visto envuelto en un escándalo con una mujer.

—Con una, no, Majestad... Con muchas — respondió tranquilamente el conde.

—¿Y se atreve usted a confesarlo descaradamente?— exclamó la reina, atraída por la simpatía del conde.

—Suelo decir siempre lo que siento, Majestad— respondió el conde—. No lo puedo remediar, pero las mujeres son mi debilidad.

Ella no pudo menos que ocahrse a reír, mas dándose

cuenta de que perdía todo su carácter de Soberana, volvió a adquirir cierta seriedad y exclamó:

—Necesariamente tengo que imponerle un castigo.

—Así lo creo yo, Majestad—respondió Alfredo tranquilamente.

—Pero un castigo muy grande para que no reincida—siguió diciéndole la reina, que apenas si podía contener la risa.

—Habrá de ser muy grande, Majestad—volvió a decir él.

—Ya lo he pensado—exclamó de pronto—. Se dejará usted la barba.

—¿Crecer la barba? — protestó, riendo, Alfredo—. ¡Imposible! ¡Me sienta terriblemente!

—¡Terriblemente!... ¿Por qué?—inquirió curiosamente la reina.

—Porque una vez me la dejé crecer y me salió enmarañada y roja.

La reina Luisa se echó a reír de la ocurrencia de su agregado militar y repuso:

—Si sale tan mal como dice, mejor es que no se la deje.

—Sí—terminó diciendo el simpático conde—, es mucho mejor, Majestad.

—Entonces—preguntó de nuevo la reina—, ¿qué haré yo para castigarle?

El la miraba atobado. Ante la belleza de aquella mujer sentía que su corazón latía de un modo insospechado y por primera vez en su vida sintió deseos de amar y ser

amado. ¡Pero había tanta distancia de él hasta ella!... ¿Cómo podría ser correspondido por la reina? Ella insistía en que tenía que castigarlo y Alfredo le dijo sonriendo:

—Verdaderamente es penoso tener siempre que castigar, ¿verdad, Majestad?

Su Majestad no respondió, sino que fué a sentarse en un diván al lado de uno de los amplios balcones y llamando con los ojos, más que con los labios, al conde, le dijo, cuando estuvo cerca de ella, señalándole un lugar a su lado:

—Siéntese aquí. Entre los dos pensaremos el castigo que he de imponerle.

—¿Queréis castigarme, Majestad?—empezó diciendo el conde, cuando estuvo sentado en el lugar designado por ella—. Pues entonces decidme: "Conde Renard, no volváis nunca más a París; quedaos a mi lado, desde la mañana hasta la noche, sirviéndome en todo y para todo, sin separaros jamás de mí."

La reina se levantó indignada al oír el castigo que el mismo conde se imponía y exclamó:

—¿Llamáis castigo a esto? ¡Qué osadía!

—Castigo será, Majestad—volvió a decir el conde—, el pasar la vida a vuestro lado y no poder olvidar que sois reina.

Y sin darse cuenta del lugar en que estaba, solamente con el deseo de decirle en una bella canción todo lo que su corazón sentía y que sus labios habían de callar por respeto de Su Majestad, el joven conde susurró al oído de la real persona una bella canción que decía:

POR COMPLACER A LA REINA

(Anything to please the Queen)

(Pour faire plaisir a la Reine)

Reina.—Cuánta aventura, cuánta locura
de vos, ¡oh conde!, se asegura
aquí...

Alfredo.—Señora mía, es tontería
creer lo que de mí
se dice
ahí.

Reina.—Tendré que castigaros,
¿no lo creéis así?

Alfredo.—(Aparte.)

Alfredo, me parece
que tu estrella se oscurece.

Reina.—Lo que hay que hacer, oíd...

Refrán

Reina.—¡A la reina complacer!

Alfredo.—Será siempre mi deber.

¡Su esclavo le prometo siempre ser!

Reina.—Ser sólo mío, a toda hora...

Alfredo.—Yo no pedí tanto, señora.

Pero vuestro programa me enamora...

Reina.—Pensadlo bien:

¡hay que cumplir a conciencia!

Alfredo.—Os ruego no dudéis de mi sapiencia
jamás temía ninguna competencia.

Reina.—Entonces, os voy a probar...

Alfredo.—Más, yo no podría desear.

¿Sabré cumplir mi deber!

Reina.—¿Deber?...

Alfredo.—¡A mi Reina complacer!

Ella le oía arrobada y, sin que lo pudiera remediar, repetía alguna de las frases del enamorado conde, hasta que, al fin, llamó al Maestro de Ceremonias y le ordenó:

—¡El conde Alfredo Renard cenará conmigo esta noche!

Y volviéndose hacia éste que la oía sin poder dar crédito a sus palabras, le dijo:

—Desde hoy empieza vuestro castigo. Vendréis a las ocho... de uniforme blanco.

—Será mi deber complaceros—respondió el conde, siguiendo a la reina, que se encaminó hacia su habitación interior.

Pero al ver que era seguida se volvió hacia él y le dijo, sonriendo:

—¿No me ha entendido, conde?... Le he invitado a usted a cenar, pero no al té... A las ocho y... sin barba.

Le ofreció la mano, que Alfredo besó apasionadamente, y la reina suspiró tiernamente. Por fin, aquel amor que tanto buscaban sus ministros había nacido espontáneamente en ella, con la sola presencia del conde Alfredo Renard, del célebre galante parisino, que había conquistado un corazón más, si bien en esta victoria había dejado en prenda el suyo.

AMORES REALES

Como los secretos de Palacio se guardan sigilosamente, sigilosamente también, el Maestro de Ceremonias dió cuenta a los ministros y las damas de la Corte de la invitación de la reina al conde Alfredo. Los ministros y demás personalidades que rodean a Su Majestad se sintieron conmovidos ante la inesperada noticia de que la reina pudiera estar enamorada.

También Alfredo Renard esperó aquella tarde la hora señalada con una inquietud jamás sentida. Jacques, su gran confidente, le dijo:

—Me parece que la cena de esta noche os intranquiliza como ninguna.

—Es que tú no has visto a la reina, Jacques—le respondió su amo—. Jamás en la vida podrías admirar una criatura tan ideal, tan bella, tan exquisitamente deliciosa. ¡Oh, Luisa, cuánto te amo ya!

Jacques movió la cabeza filosóficamente y respondió:

—Me parece que esta cena va a traer graves consecuencias.

—Bah, ¿qué importa?—exclamó el conde—. El amor es el eje de la vida. Entreguémonos a él, sin pensar en otra cosa.

De flamante uniforme blanco, el conde Alfredo Renard a la hora señalada se encontraba en la puerta de Palacio.

—Si telefona alguna dama, ¿qué le digo?—preguntó Jacques, que había seguido a su amo hasta el Palacio.

—No te preocupes—respondió éste—. Nadie puede telefonar... ¿No sabes que no tenemos teléfono?

—Entonces aguardaré por el jardín que termine usted, para acompañaros nuevamente a casa. No es justo que un invitado regio vuelva a su domicilio, sin el menor acompañamiento.

—Llevas razón—respondió Alfredo—. Eres un criado ideal... Estás en todo.

Y mientras el criado se alejaba, acompañado del perro, que se había traído de París, el conde entraba en las habitaciones regias.

En el suntuoso comedor cuyos balcones daban al jardín, la reina había mandado servir la cena de aquella noche. Hasta que llegó la hora, una dulce zozobra hacía latir violentamente el corazón de la joven soberana y de vez en cuando sus labios dibujaban una deliciosa sonrisa, al pensar en la entrevista sostenida con el conde. Por fin llegó éste y se sentó junto a ella, guardando desde luego las conveniencias exigidas por la más pura etiqueta.

Entre tanto, desde el jardín, los ministros contemplaban la escena que se iba desarrollando en el comedor y discutían el origen y abolengo del conde, para admitirlo como

príncipe consorte de Silvania. Detrás de las puertas las camareras espiaban también a los dos enamorados, y desde otro lugar del jardín, Lulú, la monísima camarera de la reina vigilaba al precioso perrito de Su Majestad, que en aquel momento se entretenía comiendo. Allí fué donde el bueno de Jacques se dirigió y el perro que llevaba no tardó en percibir el olor de la cena del perro de la reina y se invitó a sí mismo. Fué Lulú a pegarle para que se marchase, mas Jacques la detuvo y la obligó a sentarse, diciéndole:

—Si mi amo es bueno para cenar con Su Majestad, su perro es también bueno para comer con el suyo, ¿no te parece, preciosa camarera?

—¿Pero tú eres el criado del conde Alfredo?—le preguntó ella intrigada.

—El mismo—respondió Jacques—. Ya sé que mi fama de conquistador es algo exagerada, pero hasta ahora no he encontrado a la mujer que verdaderamente interese a mi corazón.

—¿Y quién es esa mujer?—volvió a preguntar curiosamente ella.

Jacques se dió cuenta de que Lulú era mucho más lista de lo que él suponía y respondió:

—¿Quién había de ser, sino la camarera de la reina Luisa?

Y mientras los dos criados sostenían esta conversación, que era el prólogo de una nueva historia de amor, en el interior de Palacio los dos enamorados terminaban la cena ofrecida por la reina.

La expectación no disminuía un momento y todos estaban pendientes de lo que pasaba en el comedor. De pronto vieron que la reina se levantaba de su asiento y el Presidente, volviéndose a los demás ministros, les dijo:

—Ahora ella abre la puerta... se dirige a su alcoba... Y él... la sigue.

En efecto, la reina seguida de Alfredo entró en su "boudoir" y sentándose en un diván le ofreció una copa de champaña al conde, a la vez que le decía:

—Es la primera vez que ceno sola con un hombre.

—Y yo—respondió Alfredo sonriendo—es la primera vez que ceno solo con... una reina.

Ella le miró cariñosamente, pensando en los informes que le había dado su embajador, y picada por algo de celos le preguntó maliciosamente:

—¿Eran agradables aquellas cenas de París, conde?

Este sonrió ante lo inesperado de la pregunta y eludiendo una respuesta definitiva, le dijo:

—La cocina francesa es excelente, Majestad.

—¿Y las mujeres?—insistió ella, dirigiendo su pregunta directamente.

Alfredo bajó los ojos, temiendo decir alguna inconveniencia, y sonrió como dando a entender que más que la cocina francesa le gustaban las francesas.

—¿No queréis responder a mi pregunta?—volvió ella a decir.

—Sí, Majestad—exclamó Alfredo—. También las mujeres eran hermosas.

—¿Entonces esta noche habréis echado de menos aquellas cenas, verdad?

—Esta noche, no... porque he cenado con la mujer más bella del mundo.

—Así me gusta—respondió la reina, cada vez más insinuante—, que seáis galante con vuestra reina.

—Si yo pudiese olvidar que sois mi reina—exclamó Alfredo, sin poderse ya contener por más tiempo—sería el hombre más feliz del mundo.

—Si en vez de ser la reina, no fuese más que una mujer... una mujer a quien vieseis por primera vez, ¿qué haríais?

Alfredo no se hizo repetir la pregunta. La belleza de Luisa, sus miradas que le llegaban a lo más profundo del corazón, aquella intimidad en que se hallaban y la sonrisa de aquellos labios que hubiera besado con delirio frenético, produjeron en él todo su influjo y sentándose junto a ella, tomó una de sus manos y la besó apasionadamente. Luego se acercó más a la reina y rodeó con su brazo el cuerpo escultural de aquella incomparable mujer, haciéndola exclamar:

—Si la primera vez es así, ¿cómo será más tarde?

—Más tarde os cantaré una de esas bellas canciones parisinas, que hablan de amor, algo así como un madrigal que os pudiera decir todo lo que mi corazón siente en este instante.

—¿Y no os atrevéis a decírmelo?... Os advierto que el canto es lo que más me entusiasma. Venmos esa canción...

Y el alma de París, inspirándose en los amores tan pro-

clamados de las bellas parisinas, fueron dichos por Alfredo, con todo el ardor y sentimentalidad de que se hallaba poseído en aquel instante.

DESFILE DE AMOR

(Love Parade)

Cuantos amores tuve hasta ayer
hoy reviven en ti;
algo tienes de cada mujer
que amé o conocí.
Eres, así, desfile de amor;
cuanto admiré en ellas es en ti mejor.
Ojos de Lisseta,
boca de Enriqueta,
risa de Antonieta.
¡Volvéis a mí!
Tez de Delfina,
voz de Josefina,
la "línea" de Paulina,
¡adorno en ti!
Bello ideal
de mi fiel corazón;
mujer aún igual,
mi "cocktail" de pasión.
Labios de Lucila,
"pose" de Camila,
desfile de amor,
mi bello ideal.

Al terminar, la reina poseída por el encanto de la canción fué acercándose al conde hasta que sus bocas quedaron prisioneras en un beso de infinita pasión.

—¿A cuántas les habréis dicho lo mismo?—preguntó la reina.

—No, Majestad—respondió el conde—. Para mí vos sois más que reina, más que mujer... Sois todo un desfile de amor...

Pero la reina, avergonzada de su espontaneidad, había se reclinado sobre uno de los cojines y cuando el conde intentó besarla nuevamente, lo rechazó suavemente. Quedó él en pie, creído que había incurrido en su enojo, hasta que la reina, levantándose e impulsada por aquel inmenso amor que había sabido despertar en ella, se echó en sus brazos ofreciéndole el néctar delicioso de sus labios.

Fué un beso largo, ahogado, inabarcable, en el que aquellas dos almas se fundieron en el fuego de una inmensa pasión. Por fin la reina se separó suavemente de él y le hizo ademán de que se marchase. El conde, ya seguro del amor de su soberana, insistió en permanecer a su lado, pero ella le suplicó:

—Ahora vele, Alfredo... ¡Por favor!

Al oírse llamar familiarmente por su nombre, el joven diplomático no pudo contener su alegría y estrechando fuertemente entre sus brazos a la reina, exclamó:

—Sí... ¡Mi Luisa!

Y mientras el conde, espiado por las miradas de todos los palaciegos, cruzaba los anchos salones de la real mansión, la reina Luisa, la que siempre se había reído del



- „Alfredo, hazes el favor“



- ¡Esa tan bella, tan hermosa!



- ¿A cuántos se lo cree dicho al amante?



- McLean's



Más que un ser humano percibe una divinidad.



- No puedo recibir órdenes más que de Su Majestad.



- Es nuestra marcha nupcial.

amor, hasta que éste llamó a su corazón, dió rienda suelta a la dicha que la embargaba repitiendo la canción de su sueño de la noche anterior, de aquel sueño que tan feliz la había hecho y que ahora se convertía en una realidad.

Su voz llegó hasta el jardín y como un eco a sus suspiros amorosos los oficiales de su guardia y sus damas de honor, repitieron, cada pareja estrechamente enlazada, aquella canción de amor... ¡Por fin Silvania había encontrado el príncipe consorte!

EL ENLACE

Como si la Naturaleza quisiera asociarse a la alegría que inundaba los pechos de los súbditos de Silvania, mostrábase en todo su esplendor. En todo el reino era aquel día de gala. La reina Luisa contraía matrimonio y la sucesión al Trono se veía asegurada. Pronto la simpatía de Alfredo se adueñó del cariño de los que habían de ser sus súbditos y su nombre era repetido por todos con verdadera alegría.

En sus habitaciones provisionales de Palacio, el conde Alfredo, futuro príncipe consorte de la reina de Silvania, daba los últimos toques a su vestido, mientras que su criado iba limpiándole las altas botas de charol y silvando un popular cuplet parisino.

—No silbes más—exclamó el conde impacientemente.

—Perdone, Majestad—respondió el criado.

—Haz el favor de no llamarme más Majestad—exclamó el conde—. Yo no soy rey... aunque me case con la reina.

—Eso no importa—respondió el criado—. Aunque no sea más que el príncipe consorte usted será la sensación de la boda... ¡Y que supongo que habrá cada mujer!

—¿Quieres callarte?—le dijo nuevamente Alfredo—. Para mí se han acabado ya todas las mujeres... Ya no pienso más que en una...

—Bueno, pero cuando pasen algunos días...—insinuó picarescamente Jacques.

Alfredo no pudo menos que rír la ocurrencia de su criado y para cambiar la conversación, le dijo:

—Estoy de mal humor... Cada vez que veo un hízco me sucede algo desagradable...

En aquel instante llamaron a la puerta y un criado ricamente vestido, haciendo una profunda reverencia, se acercó al conde y le dijo:

—Su Majestad espera.

Al levantarse de hacer la reverencia Alfredo pudo ver que era hízco y le dijo inmediatamente:

—Puedes marcharte, corre. Ya iré en seguida.

Salió seguido de su criado, para dirigirse afonde de-
hía celebrarse la ceremonia, pero Jacques, como buen pre-
visor, lo detuvo en mitad del camino, diciéndoles:

—Es mejor que pase yo delante.

—No hay necesidad de que me anuncies.

—Sí no es por eso. Es para ir quitando de en medio a cuantos hízcos encuentre por el camino.

Abrió la puerta y después de pasar revista a toda la servidumbre y asegurarse de que tenían bien la vista, volvió al lado de su amo y le dijo:

—Ahora ya podéis pasar.

Desde las habitaciones de la reina hasta donde tenía que celebrarse la ceremonia cubrían la carrera sus oficia-

les y sus granaderos. Luisa, ricamente vestida con el traje de novia, más que un ser humano parecía una divinidad bajada a la tierra. En su rostro sonriente se adivinaba la inmensa dicha que la poseía, al ver logrados sus deseos de unirse al único hombre que había sabido interesar su corazón.

El Maestro de Ceremonias, antes de salir la reina, dió la señal, dando tres fuertes golpes sobre el pavimento con un largo bastón dorado. Se abrieron las puertas y la aparición de la reina Luisa fué saludada con murmullos de admiración.

A los acordes de la marcha nupcial de Lohengrín, de aquella marcha que ella misma había prohibido y que ahora amaba con todo su corazón, pasó bajo el arco formado por las espadas de sus oficiales, hasta situarse ante el altar.

A un lado de éste todos los ministros y embajadores hallábanse reunidos para presenciar la ceremonia y el Maestro de Ceremonias volvió a anunciar la llegada del príncipe dando golpes sobre el suelo con un bastón mucho menor que el anterior.

El conde Alfredo, al ver tanta gente reunida llegó incluso a dudar de que fuera a él a quien esperaban, pero la presencia de Luisa le hizo comprender que todo aquello había sido dispuesto para su enlace.

Toda aquella pompa desconcertó algo al simpático Alfredo Benard, pero pronto adoptó nuevamente su actitud despreocupada y se acercó a donde estaba la reina.

Esta le ofreció la mano, que el conde besó, mientras

que sus miradas se clavaban en el precioso rostro de Luisa que correspondió al beso con una deliciosa sonrisa.

Terminado este preliminar saludo, el sacerdote se acercó a los contrayentes y dirigiéndose a la reina, le dijo:

—Por Real Decreto especial, Su Majestad ha conferido al conde Alfredo Renard el título de Príncipe Consorte... ¿No es cierto?

—Sí, padre—respondió la reina.

—¿Prometéis a la vez ampararlo contra todos y ser para él su sostén?

—Sí, padre—volvió a responder la reina.

—Por último, ¿os dignáis, Majestad, aceptar por esposo al conde Alfredo Renard?

—Sí, padre—repitió por tercera vez la reina.

Luego el sacerdote, dirigiéndose al conde le preguntó:

—¿Aceptáis por esposa a Su Majestad la reina Luisa?

—Acepto—contestó el conde.

—¿Reconocéis su superioridad sobre vos?

—Reconozco—volvió a decir el conde, algo molesto por aquella pregunta.

El cura siguió preguntando:

—¿Juráis no faltarle mientras dure vuestro casamiento con ninguna otra mujer?

Aquel juramento ya le resultaba a Alfredo algo más peligroso, ¿Acaso podía él asegurar lo que podría suceder de salirle en su camino una mujer hermosa?... Se conocía a sí mismo y sabía que ante unos ojos bellos de mujer y unos labios prometedores de caricias su voluntad flaqueaba y no era dueño de sus actos. Antes de contestar al jura-

mento que se le exigía empezó a meditarlo y produjo entre los presentes, su silencio, el consiguiente sobresalto. Los ministros estaban impacientes y el Presidente no pudo menos que decirles:

—El conde titubea... ¿Acaso no se cree capaz de amar siempre a la reina?

El embajador de Afghanistan que presenciaba también el enlace, no podía comprender cómo el sacerdote daba todas las primicias a la mujer, incluso exigiéndole que amparase al esposo y le explicó su extrañeza a uno de los ministros, que se lo comunicó al Presidente del Gobierno, diciéndole:

—El embajador de Afghanistan dice que no comprende cómo el hombre puede ser mujer y la mujer hombre.

—Dígale—respondió el Jefe del Gobierno—que se trata aquí de un casamiento de amor, sin que hayan intervenido para nada las razones de Estado.

El ministro hizo la aclaración necesaria al embajador, pero éste no se dió por vencido y movió varias veces la cabeza, a la vez que decía:

—No comprendo... no comprendo... no comprendo.

Entre tanto, Alfredo Renard seguía sin prestar el juramento de fidelidad que le había pedido el sacerdote. Miraba de un lado a otro, como queriendo ver la impresión que producía su silencio, hasta que sus ojos se encontraron con los de Laísa. Había en ellos tal súplica, tal emoción expresaba su mirada, que él no pudo menos que sorreír y exclamó:

—Juro.

Acto seguido, un paje se presentó con un rico cojín sobre el que había dos anillos y la reina tomó uno de ellos y se lo colocó en el dedo, poniendo el otro después en el de su esposo.

El sacerdote hizo la señal de la Cruz sobre los recién casados y con su bendición, se encaminaron con los mismos honores hacia las habitaciones reales.

Apenas entraron en ellas, las baterías de palacio empezaron las salvas y un tiroteo ensordecedor atronaba el espacio. Alfredo, ante aquel tumulto apenas si podía darse cuenta de lo que pasaba y salió afuera par decirle al Maestro de Ceremonias:

—¡Ordene que cese ese tiroteo!

Pero ya empezaba para Alfredo su misión de príncipe consorte, de esposo que tenía que carecer de voluntad propia y someterse para todo a los mandatos de la reina y fué el mismo Maestro de Ceremonias quien le dió la primera señal de ello diciéndole:

—Lo siento, Alteza, pero no puedo recibir órdenes más que de Su Majestad.

El príncipe se lo quedó mirando y estuvo a punto de decirle una de sus más corrientes frases... algo así como imbécil. Mas la voz dulce y acariciadora de Luisa, le hizo desistir de su propósito y entró nuevamente a donde estaba su esposa, diciéndole:

—Me pone nervioso ese tiroteo, Luisa.

—No te preocupes—le dijo ella—. Hay que cubrir la fórmula protocolaria. ¡Es nuestra marcha nupcial!

—¿Y dura mucho esta "pieza"?—preguntó nerviosamente el conde.

—Trescientos—respondió Luisa abrazándose a su esposo—. Y por cada disparo tendrás que darme un beso.

El príncipe sonrió ante la respuesta de la reina y estrechándola entre sus brazos empezó a cumplir el protocolario mandato, mientras que ella le decía, mimosa-mente:

—Yo quisiera que los disparos fuesen... quinientos.

—¡Ansiosa!—exclamó, riendo, el conde, a la vez que, sin soltarla del brazo en que la tenía sujeta, la condujo a las habitaciones interiores de Palacio.

Para Jacques el casamiento de su amo había sido un momento doloroso, quizá el mayor de su vida. Comprendía que su señor había perdido lo mejor de su situación, la libertad, y pensando en la vida alegre y bullanguera que habían llevado en París no comprendía cómo un hombre del carácter del conde pudiera avenirse a contentarse con una sola mujer y que además... ésta fuera siempre la misma. Pero en aquel instante en el jardín vió la figura gentil de Lulú y cambió rápidamente de pensamiento. ¿Acaso no sería él también capaz de hacer lo mismo por aquella chiquilla que lo traía loco? Y el caso estaba en que sabía que Lulú también lo amaba. Se lo habían dicho sus ojos, su sonrisa, sus gestos, todo cuanto en ella podía expresar el sentimiento de su corazón y de su alma le había expresado el amor que la bella camarera sentía por el mayordomo del príncipe, pero nunca se dijeron nada... nada que no fuesen tonterías vulgares.

Jacques, pensativo y cabizbajo, se acercó a donde estaba Lulú, que miraba tristemente las ventanas del ala del Palacio que ocupaba su regia señora y le preguntó:

—¿Qué tienes, Lulú?... ¿Qué piensas?

—En la boda de mi señora... ¿Te has fijado cuánto aparato?

—Es verdad; toda esa etiqueta impone... da miedo a contraer matrimonio...—respondió a su vez el criado.

—Y luego—siguió diciendo la doncella—la etiqueta de los palaciegos.. Eso no es amarse con libertad, ni poder gozar de la dicha que ofrece el primer momento de saberse el uno dueño del amor del otro... ¿Verdad, Jacques?

—Tienes razón, Lulú—respondió el criado—. Siendo vulgares puedo quererse y pelearse a su antojo... ¡Alegrémonos de haber nacido vulgares, porque así podemos querernos a nuestro antojo!... ¡Seamos vulgares como dice la canción!

—Llevas razón—contestó Lulú—. Más vale nuestra sencillez, nuestro amor, sin ese gran espectáculo, porque así nos podemos amar sin los inconvenientes de la etiqueta.

—Yo recuerdo—respondió Jacques—una canción que aprendí en París y que habla de todo esto. Voy a cantártela y verás cómo es el puro reflejo de nuestro amor.

Lulú prestó atención a la canción de Jacques, en la que se hacía constar la diferencia de un amor sencillo, entre dos seres humildes, pero dichosos, y el amor de dos príncipes que en medio de su ostentación y riqueza no pudieron encontrar la dicha que ansiaban en sus corazones.

Al terminar de cantar, Lulú enternecida por las palabras de su novio lo abrazó fuertemente, y éste, al mirarla, vió que sin darse cuenta Lulú se había puesto bizca. Fué un momento nada más, pero ello bastó para que Jacques se acordara de la prevención de su amo y la rechazase diciéndole:

—Pero cómo no me has dado cuenta de que eras bizca!

—Bizca yo!—exclamó Lulú—. Tú sueñas, Jacques. Mis ojos son los más bellos de Sylvania, míralos y verás que con cuánta verdad dicen que los ojos de Lulú son los más hermosos del reino.

—Perdóname, Lulú; pero mi amo me ha dicho hoy una cosa de los bizcos que me ha puesto el pelo de punta.

Entre tanto, en el Palacio iban apagándose las luces que lo iluminaban y Lulú exclamó:

—Parece que se retiran nuestros señores. Será preciso que también nosotros nos vayamos, si nos encuentra la guardia nos puede dar un disgusto.

—No tengas miedo—repuso Jacques—. Estando conmigo nada te sucederá. De otros llos mucho más grandes he sacado yo a mi amo y él tiene la obligación de sacarme de éste, si es que nos sorprenden.

—Pero es que tu amo ya no es nadie en Palacio—respondió Lulú.

—El conde es el amo, el rey—exclamó con cierto orgullo Jacques.

—Te equivocas, querido—volvió a decirle la muchacha—. Ahora solamente es el príncipe consorte y tiene que atenerse a las órdenes que dé la reina.

Se puso en pie para marcharse, pero Jacques la retuvo, abrazándola e intentando besarla. De un empujón lo hizo ella rodar por tierra, y el pobre mayordomo se levantó lamentándose de la extraordinaria fuerza de su novia, mientras que ésta, entonando una canción picaresca de Silvanía, le decía que estaba prohibido besar.

Y respondiéndose uno al otro con aquel cuplet, empezaron a bailar, mientras que se dirigían hacia donde estaban las habitaciones de Lulú.

Cuando llegaron cerca de la puerta, ésta entró dentro, sin darse cuenta de que la seguía Jacques, mas al verlo en su cuarto le preguntó indignada.

—¿Cómo te has atrevido a entrar aquí?

—Porque nadie me lo ha prohibido—respondió Jacques.

—Pero debías haber supuesto que ésta era mi habitación.

—Pues por eso mismo he entrado. Si hubiera sido la de un soldado, por ejemplo, no me hubiera tomado la molestia de subir.

—¡Sal inmediatamente!—exclamó Lulú.

—Imposible—respondió Jacques—. Aquí podemos continuar nuestra conversación del parque sin que nadie nos sorprenda.

—¡Te he dicho que salgas!—insistió otra vez Lulú.

—Y yo te he dicho que no salgo.

—¿Qué no sales?

—No—respondió enérgicamente Jacques.

Lulú fué acercándose a él y, de pronto, sin que nadie

se diera cuenta, le dió un tremendo empujón hacia donde estaba la ventana y el pobre Jacques dió con su cuerpo sobre el mullido verde del jardín.

Se levantó, miró hacia el hueco por donde había salido y vió que Lulú reía a más no poder. Pensó lo mejor que podría hacer en aquella ocasión y al fin decidió marcharse tranquilamente, no sin antes exclamar.

—Lo mismo que en París. Se conoce que mi sino es ser aviador.

Pausadamente se dirigió al otro ala del Palacio, donde estaban las habitaciones de su amo y al lado de las cuales le habían sido designadas las suyas, por orden del conde, con el fin de tener a su criado y amigo, siempre a su lado.

Cuando entró en Palacio miró hacia el cuarto del príncipe, lo vió cerrado y sonriendo maliciosamente, diciendo:

—¿Quién sabe lo que todavía puedo ser yo!...

NADA MAS QUE PRINCIPE CONSORTE

Han pasado varias semanas desde el día de la boda y los regios consortes continúan en completa luna de miel. Todavía se sigue en Palacio la costumbre de no hacer el menor ruido durante la mañana y el Maestro de Ceremonias, ante el micrófono instalado en Palacio, solicita de todos los súbditos que rodean el regio alcázar que se abstengan de hacer el más leve ruido para no interrumpir el sueño de los soberanos.

Los días de alocamiento pasional mantienen a los esposos alejados de todo compromiso de la corte y para Luisa y Alfredo, el mundo parece haberse convertido en un vergel, donde la felicidad y la dicha se respira por todas partes.

Su sueño de amor ha tenido una feliz realización y Luisa siente en toda su potencialidad la dicha de ser amada con todo el fuego de una pasión inextinguible. Muchas veces en sus momentos confidenciales le dice a su esposo:

—¿Quién iba a decirme que iba a ser tan feliz con el amor de un hombre, cuando siempre lo desprecié?

—Eso era porque no habías conocido el amor, Luisa.

Hay algo superior a todo en el mundo y esto es precisamente la pasión que puede unir a dos seres. El amor es, como dijo un poeta, la mayor dicha que a los humanos les da Dios.

Y altargados en este sueño de inconsciencia amorosa, la vida se deslizaba suave, armoniosa, llena de encantos para los dos esposos.

Tampoco Alfredo sintió la nostalgia que crió por París, por aquel París bullicioso donde su vida había sido ejemplo de tan alocadas aventuras. Ni una de las mujeres que habían pasado por sus brazos turbó por un momento el recuerdo de Alfredo, que no vivía más que para su Luisa. Ella era el resumen de todos sus amores, en ella encontraba compendiados todos los encantos que había podido ir admirando en cada una de las que supo enamorar y se entregaba a su pasión sin reserva alguna, sin pensar más que en gozar a aquella dicha que le otorgaba el amor de Luisa.

Las horas del día las pasaban el uno al lado del otro, los súbditos de Silvania los vieron siempre juntos en los paseos, en las fiestas, en los teatros, y por todas partes las simpatías de Alfredo iban ganando adeptos, pero adeptos sinceros, apasionados, que veían en la persona del Príncipe a un digno representante de la Patria.

La aureola que tenía ante las mujeres por su vida pasada en París, le hacía ser interesante para ellas, quienes se disputaban el honor de una galantería suya o por lo menos una mirada.

Este interés despertado por su esposo entre el sexo

bello no pasó desapercibido para Luisa, quien empezó a sentir la mordedura de los celos. Al principio intentó disimularles, pero al fin no tuvo más remedio que decirlo, con ocasión de una fiesta a la que habían sido invitados.

Antes de la hora señalada, Luisa había dado orden de que no se preparase nada, pues no pensaba asistir y Alfredo le preguntó, extrañado:

—¿Acaso te encuentras mal?

—¿Por qué me lo preguntas?—respondió Luisa.

—Porque me han dicho que no asistiré a la fiesta—contestó el conde.

—No—exclamó la reina—. He pensado que para amarnos no necesitamos de la presencia de tantas gentes... sobre todo de las señoras...

Alfredo se echó a reír y atrayéndola hacia él la besó apasionadamente, a la vez que le decía:

—¿Qué te importan a ti todas las mujeres del mundo? ¿No sabes que yo sólo puedo amar y amo a una?—¡A ti, Luisa!

—Entonces, ¿por qué tienes tanto interés en ir?—preguntó la reina, intencionadamente—. ¿No te da lo mismo quedarte en Palacio?

—De ninguna manera—exclamó Alfredo.

Ella lo miró extrañada y él se apresuró a decirle:

—No me da lo mismo, porque prefiero quedarme aquí. Estar siempre junto a ti, sin que nadie nos estorbe nuestro idilio es para mí la mayor felicidad del mundo.

La reina lo oía extasiada, ante las frases de su esposo sentía su corazón latir al influjo de aquel amor y estrechón-

dose felizmente, como gatita mimosa, exclamó, expresando en sus ojos toda la alegría de su alma:

—¿De verdad me quieres tanto, Alfredo?

—Yo no sé mentir amor, Luisa—le respondió él—. Para mí la mentira en cuestiones del corazón es una verdadera herejía que nunca he comprendido. Te amo con toda mi alma y tal como lo siento te lo digo.

Y desde aquel día se acabaron las fiestas para los dos esposos, que declinaron cuantas invitaciones se les hicieron, para encerrarse en el Palacio y poder seguir aquel idilio que parecía eterno.

Los ministros seguían con interés las relaciones de los dos esposos y respiraban ante la tranquilidad de que Silvania tenía ya un Príncipe Consorte, querido de sus súbditos y amado por la reina, aquella preocupación constante del matrimonio de Su Majestad había desaparecido y podían dedicar ahora todo su tiempo a los asuntos del Estado, que no iban del todo muy bien, sobre todo en su parte económica, que empezaba a ofrecer serios cuidados.

Pero como la reina no quería saber en aquellos días nada de los asuntos del reino, los ministros tuvieron que esperar a que ella se decidiera por fin a pensar en algo más que en el amor de su esposo.

Pero a medida que pasan los días Alfredo va dándose cuenta de la situación en que se halla en Palacio. Ve que, a pesar de las reverencias de los servidores, es menos que el más humilde de ellos. Carece de voluntad para todo y tiene que someter sus menores actos a la aprobación de su esposa. El que había sido siempre el que decidía en cues-

iones amorosas se ve ahora sometido al capricho de la reina, que si bien idolatra en él, no suele olvidar con demasiada frecuencia el honor que le ha otorgado haciéndole su esposo. Esta situación empieza a intranquilizar al conde, que piensa que tarde o temprano acabará por cansarse de su posición de Príncipe Consorte. Varias veces quiso intervenir en asuntos de Estado y su esposa, con una amable sonrisa, pero enérgicamente, le dijo:

—Tú, Alfredo, no tomes parte en nada de esto. No olvides que solamente eres Príncipe Consorte y que para resolver estas cuestiones de importancia estoy yo. ¿Qué dirían los ministros si se enteraran de que intentas inmiscuirte en los asuntos del reino?

—¿Acaso no tengo yo derecho a dar mi opinión sobre ellos?

—Tú no tienes más que un derecho—respondía ella mimosamente—. A saberte amado y a amarme... ¿Te parece poca preocupación mi cariño?

Y ante la tierna mirada de Luisa, Alfredo deponía toda su energía y se sentía un niño grande a quien lo contentan con su juguete preferido.

Una mañana, al despertarse, se encontró sorprendido por la ausencia de su esposa. Se levantó del lecho y un ruido de tambores y cornetas llamó su atención. Se acercó a la ventana y por ella pudo ver que su esposa pasaba revista a sus granaderos, vistiendo el flamante uniforme. Se cruzó de brazos, indignado contra sí mismo por permitir aquel estado de cosas, y exclamó:

—¿Quién me iba a mí a decir que iba a estar mandado

por una mujer, por muy bella que fuese!... Pero esto ha de terminar... Volveré a tener voluntad propia... a hacer lo que me dé la gana, a recuperar mis derechos de HOMBRE.

Se fijó entonces que sobre la mesa había una carta de Luisa dirigida a él y la abrió para leer su contenido, que decía:

"Amor mío: Hoy estaré sumamente ocupada hasta la hora de cenar, pero he dispuesto un excelente programa para que no te aburras: tennis por la mañana y "bridge" por la tarde.

Luisa"

"P. D.—No dejes de dormir la siesta, que anoche te desvelaste."

Arrugó el papel entre los dedos y permaneció en la ventana contemplando a su caposa, que, rodeada de los oficiales de su guardia, cantaba con ellos el himno de los granaderos, diciendo:

MARCHA DE LOS GRANADEROS

(March of the Grenadiers)

Reina.—¡Escuchad
de uno a otro confín
el vibrar del clarín!
¡Atención!
A vuestro leal corazón
vuestra Reina va hablar.
¡Marchad, mis valientes soldados!

Coro.—¡Por vos a morir o triunfar!

Reina.—¡Atención!

Firmes marchad
al ritmo marcial
de la canción
del país natal.
¡Granadero!
Firme en la lid,
presto al amor,
vibrante siempre de pasión.
¡Granadero real,
de ardiente corazón!
¡Vencedor de guerra y en amor.
Firme y leal
al ritmo marcial
avanza el héroe fiel de su reina
avanza el héroe fiel de su reina
Granadero Real.

Cuando cesaron los últimos clamores de la marcha, Luisa despidióse de su oficialidad y entró a Palacio. Inmediatamente fué adonde estaba su esposo y, al verle levantado, expresó su extrañeza, diciéndole:

—¿Pero te has levantado tan temprano?

—Ya lo ves—respondió el Príncipe, malhumorado.

—¿Acaso tenías algo urgente que hacer?—volvió a preguntar la reina.

—Esperarte... ¿Te parece poco?... Desde que me casé no hago otra cosa.

—Cualquiera que te oyera—exclamó la reina—diría que estás disgustado.

—Mira, Luisa—exclamó el conde, no pudiendo contenerse por más tiempo—. Yo estoy harto de todo esto. Yo aquí no soy nadie, soy menos que el último de nuestros servidores. No hago nada, no sirvo para nada... no soy nada.

—¿Es decir que estás quejoso?—le preguntó ingenuamente Luisa.

—Tú verás cómo estaré—exclamó Renard.

—¿Pero acaso tienes alguna queja de mí?—volvió a decirle la esposa—. Te he prometido regalarte una colección de uniformes, no te he dejado solo ni una noche... he sido siempre para ti cariñosa... sabes que te amo con toda mi alma... ¿Por qué son, entonces tus quejas?

—¡Porque estoy cansado de que se me trate como un niño!—respondió el conde.

A esta exclamación no supo la reina qué contestar y ambos quedaron callados, sentados el uno frente al otro. Alfredo para distraer algo aquel silencio se puso, inconsistentemente, a repicar sobre la mesa el himno que acababa de oír y Luisa hizo lo propio también, hasta que se dio cuenta el conde y retiró la mano de la mesa.

De pronto tosió varias veces y la reina le dijo:

—Estás resfriado, Alfredo.

—Un poco—respondió él.

—No debes toser tanto. Siempre te oigo tosiendo...

El conde no pudo contenerse más... Su paciencia había llegado al máximo de su límite y exclamó:

—Mira, Luisa, tú tendrás autoridad para excluirme de todas las funciones de Estado, pero, ¡por favor!, no te metas con mi tos!... ¡Ea mía y puedo hacer de ella lo que me dé la gana y toser todas las veces que quicra!

Y para demostrarle que era así, en efecto, se puso a toser varias veces, con todas sus fuerzas, diciéndole:

—¿Ves? Puedo toser y toso... Desde ahora toseré siempre que me dé la gana.

Era el primer chispazo de discordia que brotaba entre los dos esposos. La reina extrañada de la actitud de Alfredo no sabía qué partido tomar y mientras lo pensaba, sacó un cigarrillo. Alfredo, sin perder para nada su galantería, se levantó para tomar el mechero que había sobre la mesa e intentó varias veces encenderlo, sin resultado alguno, exclamando al fin:

—¡Ahora podré hacer algo voluntariamente!

—¿El qué?—preguntó, sobresaltada, la reina.

—Tirar este mechero que no vale nada... Pero antes voy a hacer otra cosa más importante... ¡Desayunarme!... Si quieres venir, en el salón te espero.

Sabió del dormitorio y poco después se presentó en el comedor, donde ya esperaban los criados a las órdenes del Maestro de Ceremonias.

Esperó un rato para que le sirvieran y en vista de que ninguno se movía de su sitio, exclamó, irritado:

—¿Pero qué hacéis ahí como estatuas?... ¿Acaso no pensáis en servirme el desayuno?

El Maestro de Ceremonias se acercó a él y con su sonrisa continua que exasperaba a Alfredo, le dijo:

—Su Alteza no ignora que no podemos servir el desayuno en ausencia de Su Majestad.

Era lo único que le quedaba por ver, que para comer tenía que esperar también que a Su Majestad le entrara apetito... ¡Pues estaba arreglado con su situación de Príncipe Consorte!

En esto salió una de las camareras de la reina anunciando que Su Majestad no vendría a desayunar y el Maestro de Ceremonias se apresuró entonces a dar las órdenes para que sirvieran el almuerzo a Su Alteza. Alfredo, irritado ya hasta no poder más, se levantó violentamente de su asiento y acercándose al Maestro de Ceremonias, le preguntó:

—¿Sabe usted francés?

—No, Alteza—respondió el otro.

—Mejor—exclamó el conde.

Y, cambiando de idioma, le dijo en francés:

—Todos los que estáis aquí en Palacio sois unos ridículos; pero entre todos el más imbécil, el más antipático, el más animal eres tú...

Y sin probar bocado se fué hacia el jardín, sentándose en un banco que daba precisamente frente a las ventanas de las cocinas de Palacio. Desde allí pudo ver cómo la servidumbre se desayunaba a su antojo y aquella visión excitó aún más su apetito. ¡Con cuánta envidia los veía comer! Y en aquel instante echó de menos su vida de soltero, cuando era amo y señor de su voluntad y podía hacer lo que le daba la gana sin tener que someterse a una etiqueta ridícula y fanfarrona... Todo el amor que sentía por

su esposa no era suficiente para hacerle olvidar su vida anterior... ¡Amaba y era amado; verdad! ¿Pero qué le importaba aquel amor, si no podía disfrutar de él?... ¿Qué era él en Palacio? Algo así como una figura decorativa, en quien solamente veían todos al marido de la reina, al Príncipe Consorte, para quien solamente tenían los cumplidos que exigía la etiqueta... Volvió la vista hacia el suelo y vió a su perro que se acercaba a él, comiendo tranquilamente un hueso, y pensó:

—Tú eres el único en Palacio que me hace caso... ¡Oh, el amor!

DESAVENENCIA CONYUGALES

Insensiblemente, sin que él mismo se diera cuenta, el conde Alfredo Renard y Príncipe Consorte de la reina Luisa, iba apoderándose de la voluntad de sus súbditos. Su innata simpatía, su sencillez y la franqueza de su carácter habían realizado la obra de que fuese querido por todos los ciudadanos con verdadera idolatría. Su paso por las calles era aclamado por las multitudes con muestras de ferviente entusiasmo y los vítores y aplausos se sucedían en su presencia sin interrupción. Para todos sus admiradores tenía siempre una sonrisa dispuesta el conde Alfredo, para cada admiradora una galantería a flor de labio que le hacía más interesante. Era, en una palabra, el ídolo de Silvania, pero el ídolo de las multitudes, no de los altos palaciegos, que cerrando sus ojos a la evidencia no querían ver en él más que al Príncipe Consorte.

Desde los hechos que acabamos de relatar en el capítulo anterior, las relaciones entre los dos esposos adquirieron una tirantez que la reina, por su parte, no trató de disminuir, influenciada por los prejuicios de su alcurnia. Sola-

mente, cuando quedaban solos, trataba ella de persuadirle, diciéndole:

—¡Ya no me amas, Alfredo! Jamás se te ocurre una galantería, nada que pueda agradarme!

—Creci—respondía él—que con obedecerte, con seguir todas tus instrucciones de reina, era suficiente para que estuvieras contenta... Yo no sé fingir caricias. Cuando amo, amo con toda la fuerza del amor y quiero ser libre, dueño absoluto del objeto amado.

—¿Acaso no eres dueño de mi amor?—le preguntaba ella ingenuamente.

—Sí, de tu amor—respondía él—. Pero cuando más apasionado me siento, cuando te creo más mía, me respondes con una palabra de etiqueta, con un convencionalismo de tu supremacía y las palabras se hielan en mis labios, mientras que una barrera nos va separando irremisiblemente.

—No digas eso, Alfredo—suplicaba la reina—. Bien sabes que las exigencias de Estado, son antes que nada.

—¿Antes que el amor?

Ella callaba, temía perder el amor del conde, por quien hubiera dado su trono de reina, sino toda su vida. Pero esta duda, este deseo de acceder en su autoridad era solamente instantáneo. De pronto dábase cuenta de su posición de reina y volvía por sus fueros con igual tesón que momentos antes.

Estas escenas iban produciéndose cada día con más regularidad, hasta que la discordia de los reales esposos

no tardó en ser conocida en todo palacio, donde se murmuraba de que el conde había dejado de amar a la reina.

Sin embargo, ella no se daba cuenta de que estaba disfrutando la verdadera felicidad y seguía ocupándose de los asuntos del Estado, que por aquella época no iban todo lo bien que podía esperarse. La situación de la Hacienda había llegado a tal extremo que amenazaba con la ruina del Trono, si no se ponía un remedio enérgico. Para ello no dudaron los ministros en lanzar un empréstito y para dar cuenta de él se reunieron en Consejo, presidido por Su Majestad.

—¿Ha tenido éxito el empréstito?—preguntó la reina a su Presidente.

—Al principio no ha sido nada favorable su resultado—respondió—. Todos creen que la desavenencia conyugal puede producir trastornos en el país. No se ve a Su Majestad por ninguna parte y el Príncipe permanece también recluido en Palacio, sin asistir a las muchas invitaciones que se le han hecho por la nobleza.

—¿Y no habéis pensado en nada que pueda resucitar la confianza entre nuestros súbditos?

—¿Cómo no, Majestad?—respondió el Presidente—. Precisamente acabamos de anunciar que su Majestad y el Príncipe Consorte asistirán a la función de gala que se celebrará esta noche en el teatro real y nuevamente parece que una corriente favorable se ha extendido en pro de este empréstito. En el momento que se anunció que asistiríais a la ópera de esta noche, no quedó un solo asiento por vender.

El ministro de Hacienda intervino en el debate y expuso su pensamiento, diciendo:

—El empréstito estará asegurado si Vuestra Majestad y el Príncipe Consorte aparecen en el palco real sonrientes y expresando una alegre confianza en el porvenir.

—¿Luego es imprescindible que manifieste esta noche mi alegría ante el público?

—¡Imprescindible, Majestad!—respondió el Presidente.

—¡Así se hará!—terminó diciendo la reina—. Disponed que todo esté preparado para mi asistencia al teatro. La guardia formará de gala y cubrirán la carrera mis granaderos reales.

—Vuestras órdenes serán cumplidas—exclamó el Presidente.

Iban a salir los ministros cuando entró de pronto el Príncipe y, dirigiéndose a la reina, le dijo, a la vez que le ofrecía un pliego:

—Señora, aquí está el proyecto que he estudiado sobre el estado financiero de Silvania y los medios para volver a la normalidad.

La reina se lo quedó mirando, sin comprender cómo su esposo se atrevía a inmiscuirse en aquel asunto y siguió sin tomar el pliego que le ofrecía. El conde, no obstante, continuó diciendo:

—Permitid que os sugiera que Silvania no necesita ningún empréstito. Debemos explotar antes nuestras riquezas naturales.

Por fin, se decidió la reina a aceptar el pliego que le

ofrecía su esposo, pero sin dignarse abrirlo lo entregó al ministro que estaba más cerca de ella, éste lo pasó al otro y así fué recorriendo de mano en mano hasta que llegó al Presidente, que se lo devolvió sin leerlo tampoco, diciéndole:

—Me está absolutamente prohibido aceptar sugerencias del Príncipe Consorte.

El conde se lo quedó mirando de arriba a abajo. Por momentos su indignación adquiría más fuerza, hasta que le preguntó, deseando expansionarse con algunas frases de las suyas:

—¿Sabéis francés?

—Sí, príncipe.

—¿Qué lástima!... ¡Con las cosas que os hubiera podido decir!

La reina intervino, antes que su esposo expusiera su pensamiento y le ordenó:

—Príncipe, ¿me permitís que os recuerde otra vez que no debéis inmiscuirnos en asuntos de Estado?... ¡Salid de aquí al instante!

Pero el conde, en vez de cumplir la orden que acababa de darle su esposa, se sentó tranquilamente en una silla y esperó a que terminase el Consejo. Cuando los ministros hubieron salido, la reina, por toda excusa, le ordenó nuevamente:

—A las siete vendréis aquí vestido de gran gala con todas las medallas y condecoraciones que poseáis y además sonriendo con el mejor humor posible.

Se levantó el conde Alfredo para marcharse, pero antes le dijo:

—Si Vuestra Majestad no me hubiera ordenado sonreír solitaria en este momento la carcajada... Pero ya lo haré en otra ocasión.

Salió de la estancia y apenas había traspasado la puerta cuando la reina oyó que su esposo reía a más no poder, era una risa estridente, sin duda con el ánimo de que se diera cuenta de que no le importaba la orden recibida en aquel instante.

Como decimos, estas discordias matrimoniales fueron haciéndose cada vez más del dominio de todos y no tardó en comentarse entre la servidumbre de Palacio y por consiguiente Jacques y Lulú tomaron parte en la contienda, cada uno defendiendo a sus respectivos señores.

—Es el Príncipe quien tiene la culpa de todo lo que ocurre—exclamó Lulú.

—¿Tú qué sabes?—le respondió Jacques—. Mi señor está acostumbrado a tratar a muchas damas mientras que la reina no ha "conocido" más que a un hombre.

—Pues por eso mismo te lo digo—contestó Lulú—. El es un fresco y tiene toda la culpa de lo que pasa en Palacio.

—¡Lo que tienes que hacer es no ser tan idiota y callarte!—volvió a decirle Jacques.

—¿A mí me dices idiota?... ¡Tú que eres un imbécil y un presumido!... ¡Ahora verás!

Y ante el temor de caer en manos de Lulú y ser víctima de su furor, Jacques comprendió que lo mejor que

podía hacer era poner terreno por medio y saltó sobre la mesa entre el regocijo de los demás criados, que secundaban con sus gritos la contienda de los dos enamorados.

Durante toda la tarde la reina no estuvo tranquila por la actitud tomada por su esposo y le dijo al Maestro de Ceremonias:

—Avise al Príncipe para que no se olvide que a las siete tiene que venir a buscarme.

Cumplió el palaciego la orden, pero el Príncipe le respondió:

—Decidle a la reina que cuando quier adarme alguna orden que sea ella misma. Me está terminantemente prohibido recibir órdenes de nadie.

El Maestro de Ceremonias volvió con el encargo a Su Majestad, y terminó diciéndole:

—Me parece, Majestad, que el Príncipe no está muy decidido a ir esta noche al teatro.

—Si el Príncipe no viene voluntariamente—exclamó la reina—lo mandaré traer por los soldados.

—Os ruego que no hagáis tal cosa; ello daría lugar a murmuraciones mayores de las que actualmente corren por la corte—aconsejó el Maestro de Ceremonias.

Pero no hubo necesidad de hacer venir al Príncipe por la fuerza. El se presentó minutos antes de la hora, vestido sencillamente de americana. La reina, al verle, no pudo disimular su extrañeza y le preguntó:

—¿Qué significa ese traje?... ¿No os dije que os vistierais de gran gala?

—Este traje quiere decir—respondió el Príncipe—que parto para París.

—Pero, ¿no vienes esta noche al teatro, Alfredo? ¿No comprendes que tienes que venir, que eres mi marido?

—Pues por eso precisamente — exclamó el conde—: porque no soy más que tu marido, no tengo necesidad de ir a ningún lado... Busca otro, si es que lo encuentras, que se sujete a esta ridícula etiqueta de la Corte... Yo no estoy dispuesto por más tiempo a sufrirla.

Nuevamente su autoridad de reina se manifestó en Luisa, que volvió a decirle enérgicamente:

—Si esta noche me haces quedar mal todo habrá concluido entre nosotros... Silvania volverá a quedarse sin Príncipe Consorte.

Alfredo se echó a reír y, haciendo una profunda reverencia, le contestó enérgicamente:

—Olvidáis, señora, que antes de Príncipe Consorte soy "un hombre" y, como tal, me rebelo. Quiero gozar de la libertad de mis actos, terminar de una vez esta vida ficticia que llevo a vuestro lado y como para ello no hay más que una solución, he decidido adoptarla...

La reina le oía asustada. Ella había creído poder dominar el impulso de Alfredo, a quien amaba locamente. Olvidó que era reina para convertirte en mujer enamorada y le suplicó, al ver que él se marchaba:

—No te vayas, Alfredo; yo no puedo vivir sin ti... ¿Acaso te has cansado de mi amor?

—De lo que me he cansado es de ser un pelele sin voluntad propia.

—¿Y piensas abandonarme?—exclamó la reina, acongojada—. ¿No me amarás más?

—Ni con todos tus soldados, ni aunque me obliguen a ello—respondió el príncipe—. Detesto toda esta pompa de que me veo rodeado, de todo este lujo, de cuanto parece alagarme la vida, para ser libre, poder respirar a pleno pulmón y no con el temor de causar siempre el enojo de la reina, como el más vulgar de los súbditos. Puedes decirles a tus ministros y sobre todo a tu Maestro de Ceremonias, que me he negado yo también a admitir órdenes.

—¡Alfredo!—suplicó Luisa—, piensa que todavía podemos ser felices con nuestro amor, en que yo te amo con toda mi alma!

—Imposible—respondió Alfredo—. El amor se antepone a todo y tú antepones tus deberes de soberana. Yo quiero una mujer que sea, sobre todo, eso: mujer, y tú eres reina... Nunca llegaríamos a entendernos.

La actitud de Alfredo era de las que no ofrecían duda acerca de su decisión y Luisa quiso recurrir a un último recurso y le dijo:

—Eres súbdito de Silvania, y ya que no quieres obedecerme como Príncipe Consorte, tendrás que hacerlo como vasallo.

Alfredo se echó a reír burlonamente y respondió:

—¿Olvidas que soy hombre capaz de todo? Puedes hacer lo que te dé la gana, lo que mejor te parezca; pero esta noche no voy al teatro y mañana dejaré el Palacio para siempre. Así podré comer cuando me dé la gana, vestirme



-Stamus vulgares-



-¡ Mis granaderos reales-



(El hijo gemelo de una de sus hermanas en un año)



- ¿Todavía estás aquí?



Tomé su prima y volví a salir.



« Aquí está un proyecto que he estudiado »



« ¿quiere decir que vino para París »

como quiera, toser cuando tenga tos y estar resfriado sin necesidad de pedirte permiso.

—¿Y era éste el amor que decías que sentías por mí? —exclamó sollozando la reina, vencida por completo—. Me dejas cuando más te necesito.

—Para eso tienes a tus ministros —le respondió Alfredo—. Ellos podrán ayudarte. Yo no puedo darte ningún consejo, bien sabes que me está prohibido inmiscuirme en ningún asunto de los tuyos...

—No, Alfredo —suplicó ella—. No te vayas. Comprende el dolor que me causará tu ausencia.

—¡Bah! —exclamó encogiéndose de hombros el conde—. Pronto lo olvidarás con las preocupaciones que tienes con tu reinado. Yo quiero estar más libre, sin todas esas preocupaciones, pero gozar, gozar de mi vida y de mi juventud... Por fin, voy a romper estas cadenas doradas...

—¡Alfredo!... ¡Alfredo, escúchame! —gritó Luisa al ver que se marchaba—. ¡Espera!

Pero ya el conde Alfredo no la oía. Había salido de su habitación y en ella quedó Luisa llorando la amargura de ver destruido su amor, aquella ilusión de su vida, por la que habría dado toda su realeza.

Entró el Maestro de Ceremonias y, haciendo una profunda reverencia, le dijo:

—Majestad, todos esperan para asistir a la función regia.

—¿Ya es la hora? —preguntó la reina, que no se había dado cuenta del tiempo transcurrido.

—Sí así no fuera —respondió con humilde sonrisa el

Maestro de Ceremonias—no me hubiera atrevido a interrumpir a Su Majestad. Pero hace más de media hora que la guardia está formada y que los ministros esperan.

Se levantó Luisa de su asiento y se dirigió a su tocador para borrar las huellas que habían dejado en su rostro las lágrimas. Hizo un ademán al Maestro para que le diera una capa que había sobre una silla y después de ponérsela, auxiliada por él, le dijo:

—Podéis salir a dar la orden de que salgo inmediatamente.

Salió el palaciego a cumplimentar la orden y Luisa volvió a sentarse, esperando que finalmente se hubiera decidido su esposo a acompañarla. Quería ganar algunos minutos para darle tiempo a que se arrepintiera, pero la voz del Maestro de Ceremonias volvió a insistir para que saliera y Luisa, sobreponiéndose a sí misma, se encaminó hacia la puerta. Al llegar junto a ella, se detuvo un instante para recobrar su naturalidad y ensayando una sonrisa, que más parecía una mueca de dolor, salió adonde estaban aguardándola.

LA FUNCION REGIA

Començando a duras penas los sollozos que la ahogaban la reina Luisa permaneció echada sobre un sillón, sin darse cuenta del tiempo que transcurría, hasta que las notas del marcial himno de los granaderos vino a sacarla de su inconsciencia. Tenía que sobreponerse a su dolor y asistir aquella noche a la función anunciada.

El Maestro de Ceremonias dió los tres golpecitos de ritual, anunciando la salida de la reina y poco después apareció ésta, sonriendo, como si estuviera poseída de una gran satisfacción.

La ausencia del Príncipe causó la más viva sorpresa entre todos, pero nadie se atrevió a hacer el menor comentario. Solamente el Presidente se acercó a ella y le dijo:

—Majestad, ¿cómo es que no la acompaña el Príncipe?

—Se ha negado a ir esta noche al teatro.

—Debiatais haberle obligado—repuso el Presidente—. Todo el mundo le echará de menos y puede comprometernos grandemente.

—¿Acaso no soy yo suficiente para inspirar confianza a

mis súbditos?—replicó la reina, molestanda por las palabras del ministro.

—Indudablemente, Majestad. Pero hay que tener en cuenta las simpatías con que cuenta Su Alianza.

—¿Y hasta ahora no se os ha ocurrido decirme?—le reprochó la reina.

—Creí haber podido evitar el conflicto y que conservarais todo vuestro mando. Si cedéis una sola vez, pensad que puede erigirse en rey en vez de Príncipe Consorte.

—Descuidad, Presidente—terminó diciendo la reina—. Sé lo que debo hacer para conservar mi puesto de reina.

Momentos después llegaba la carroza regia a las puertas del teatro y Su Majestad, acompañada de todo el Gobierno, penetró en el palco regia.

Como había dicho el ministro, el teatro ofrecía un aspecto imponente, ni una sola localidad había quedado vacía y lo más selecto de la aristocracia habíase reunido aquella noche, para testimoniar el afecto que sentía por sus soberanos.

En un palco al lado de la reina se hallaba todo el cuerpo diplomático y entre los embajadores estaba también el de Afghaniistán.

La presencia de la reina fué saludada por todos los asistentes con una profunda reverencia, mientras que en voz baja se hacían los más aventurados comentarios por la ausencia del Príncipe.

—No cabe duda—decía uno de los que se creían más enterados de las cosas de Palacio—que la ruptura de los

dos esposos es definitiva. Fijaos cómo no acompañaba a la reina a ningún sitio.

—Se dice que ha pedido el divorcio—exclamó otro.

—Lo que es seguro es que nos quedamos sin Príncipe Consorte — replicó un tercero. Y por este estilo, cada uno iba haciendo sus comentarios, mientras que la Reina, respondía a los saludos, procurando demostrar con sus sonrisas una íntima satisfacción que estaba bien lejos de sentir. Algunas palabras sueltas de los comentarios que se hacían llegaban a ella y su estado de nerviosidad era evidentemente visible. Para disimular algo su emoción sacó el espejito de su lindo monedero, pero al mirarse en él vió reflejada la cara del embajador de Alfhaganistán, que sonreía burlonamente, e inmediatamente lo guardó. No podía apartar el pensamiento de Alfredo. Más que su ausencia, que los inconvenientes que producía para poder llevar a buen fin el empréstito, le preocupaba el perder su amor, su amor, que era su vida entera. En aquel momento hubiera corrido a Palacio para echarse en sus brazos y suplicarle aunque fuera llorando, que desistiese de su marcha, que continuase a su lado, pero nuevamente la obligación de reina se imponía y tenía que permanecer allí, aparentando aquella alegría que le causaba aún mayor martirio.

Tras ella todos los ministros que componían el actual Gabinete también comentaban la ausencia del Príncipe. Se habían dado cuenta del efecto que había producido en todos y el Presidente le dijo a uno de ellos:

—La ausencia del Príncipe puede traer grandes consecuencias.

—Lo mismo pienso yo—respondió el otro—. Todo el mundo ha advertido que las relaciones de los dos esposos no son las más cordiales y no creo que lleguemos a cubrirlo.

—La reina debía haber tratado de convencerlo para que viniera y en último caso obligarlo por la fuerza, para eso es el Príncipe Consorte y prometió obedecerla en todo.

—Estoy seguro de que mañana—volvió a decir el ministro—en toda Silvania no se hablará de otra cosa que de esto.

La reina oía toda esta conversación y su intranquilidad era cada vez mayor. Estaba segura de que Alfredo no vendría. Su negativa había sido terminante, de las que no ofrecen duda, y lo peor aun, su ausencia, confirmaba lo que le había dicho de ausentarse de Silvania.

Intentó no oír la conversación que sostenían sus ministros y para ello se reclinó levemente sobre el palco que había al lado del suyo, ocupado por los Embajadores. También allí se hablaba del Príncipe y el Embajador de Afganistán le decía a otro compañero:

—Este disgusto ya sabía yo que tendría que suceder.

—¿Conocía usted acaso al Príncipe?—le preguntó su interlocutor.

—Nada de eso. Pero vi su casamiento, y eso de que el hombre haga de mujer y viceversa no lo podía comprender, y he ahí el resultado.

—Sin embargo, todavía no ha principiado la función. Puede que llegue a última hora.

—No lo crea. El Príncipe no es de los que se dejan convencer por razones de Estado. Para él son más fuertes las

del corazón. He oído hablar mucho de su vida en París y de sus amoríos. Según dicen, fué el niño mimado de las damas, que lo disputaban descaradamente en las mismas narices de sus esposos. Sin duda, querrá volver a París, donde tan gratos recuerdos le esperan.

—¿Entonces el divorcio es inminente?—preguntó intrigado el otro.

—No le quepa duda—respondió el Embajador de Alfhaganistán—. No hay más que ver la nerviosidad de la reina para adivinarlo.

Luisa comprendió que se estaba delatando a sí misma, pero por más que quería dominarse le resultaba imposible. Todo allí era hablar de Alfredo. Por todas partes oía pronunciar su nombre y una congoja infinita estuvo a punto de hacerle brotar las lágrimas. Su suplicio era enorme y lo que más le dolía era que, a pesar de él, no podía olvidar a su esposo... ¡Cuánto hubiera dado por tenerlo a su lado! Y de vez en cuando, afectando que miraba distraídamente, fijaba su vista en la puerta del palco, esperando verlo entrar.

Las luces de la sala se encendieron por completo, anunciando que el espectáculo iba a empezar. La orquesta entonó el preludio de una marcha triunfal, pero Luisa no podía poner atención en nada. Aquella marcha le pareció ser la misma que la que oyó cuando se enlaze con Alfredo; no le cabía duda que era la amada marcha nupcial y sintió un desasosiego grande. Se sentía sofocada y deseaba ya vivamente que terminara la orquesta y se apagaran las luces para que nadie se pudiera dar cuenta de su estado. Pero

al terminar, el público aplaudió frenéticamente a la orquesta y ésta volvió de nuevo a empezar, repitiendo otra vez la marcha. ¡Era lo único que le faltaba! Se volvió hacia donde estaba el Presidente y le dijo:

—¿Creéis que dura mucho la representación?

—Dos horas aproximadamente, Majestad.

—Entonces me marcharé antes de que termine.

—Es imposible—exclamó el Presidente—. Vuestra marcha y la ausencia del Príncipe alarmaría a la opinión escandalosamente. Le aconsejo que permanezca hasta el final. Es lo más prudente.

La reina no insistió; volvió nuevamente la vista hacia la sala y esperó a que terminase el suplicio a que se veía sometida aquella noche, sin poder saber lo que haría Alfredo en aquellos momentos.

Cuando ya estaba el espectáculo a punto de principiar, el maestro de Ceremonias anunció la llegada del Príncipe Consorte y Luisa sintió un dulce estremecimiento por todo su ser. ¿Luego no se había ido?... ¿La amaba todavía?

El Príncipe, reflejando en su semblante una gran alegría y sonriendo a todo el mundo, entró en el palco regio, a la vez que todo el público se ponía de pie y, a diferencia de lo que había ocurrido momentos antes, cuando llegó la reina, no se limitaron a hacerle una reverencia, sino que manifestáronle su cariño aplaudiendo calurosamente. Alfredo dirigía su saludo de una o otra parte y para todos tenía la misma sonrisa, el mismo ademán optimista que tantos partidarios le habían creado y la reina no pudo menos que darse cuenta de aquella preferencia. Se sintió herida en

su amor y cuando cesaron las demostraciones de afecto de sus súbditos y se sentó Alfredo a su lado le dijo:

—Por mi parte, mejor habría estado sola.

—Si es por eso, me voy—respondió el Príncipe, haciendo ademán de levantarse.

—Ahora ya es tarde—respondió la reina, cogiéndole por la mano disimuladamente.

—Siempre se está a tiempo para no ser molesto—volvió a decirle el Príncipe, insistiendo en su ademán anterior y inteniéndole nuevamente su esposa.

—Ahora no puedes marcharte... ¿Qué diría todo el público?

—A mí me importa poco lo que diga la gente—respondió Alfredo—. He venido solamente para salvar a la mujer que amé. No quería que pudieras decir algún día que yo había sido la causa de tu ruina; pero cuando acabe la representación saldré inmediatamente de Palacio.

—¿Pero es verdad que piensas dejarme?—exclamó la Reina, pretendiendo acariciar amorosamente una mano del Príncipe.

Este se la hizo retirar y contestó:

—Estoy decidido a irme a París.

—¡A París, no!—exclamó la Reina, poseída por los celos—. A ti te gusta mucho la cocina francesa y no me fío de ti.

—¿Y qué puede importarte a ti lo que yo haga en París? Nuestra separación será definitiva—volvió a decir el Príncipe.

—¿Eso quiere decir que ya no me amas?—preguntó la Reina.

Alfredo guardó silencio, saludando en aquel momento a uno de los Embajadores, y cuando hubo terminado la Reina le dijo, en tono amenazador:

—Si tan molesta te soy, me voy ahora mismo.

—Haz lo que quieras—respondió indiferente el Príncipe—. Yo me quedo aquí.

Había empezado la representación de la obra y las bailarinas trenzaban sobre el tablado una artística danza, a la vez que Alfredo repasaba una a una todas aquellas muchachas de cuerpos flexibles. Miró luego, disimuladamente, hacia donde estaba la Reina y le preguntó burlonamente:

—¿Pero todavía estás aquí?

—¡Por Dios, Alfredo!—exclamó ella, vencida al fin—. No seas tan cruel; piensa en lo que nos amamos.

—Nos amábamos... nos amábamos — exclamó él—. Aquello pasó. Siempre me he considerado muy poca cosa para llegar a conquistar el amor de una Reina.

—No se trata ahora de la Reina — volvió a decirle ella —, sino de Luisa.

El aparentaba no hacerle caso, siguiendo el baile de las danzarinas. Su interés por mirar al escenario despertó los celos de la reina, que a su vez fijó su atención al desarrollo de la obra. Entonces fué cuando se dió cuenta de que no miraba a las bailarinas solamente, sino que detrás de ellas, figurando una flor, había una mujer semidesnuda y a ella precisamente dedicaba Alfredo toda su atención. No pasó desapercibida para él la nerviosidad de que se hallaba po-

señala la reina y esto le hizo que aparentase aún más interés por la artista. Enfocó los gemelos hacia ella y la Reina le preguntó, sin poder disimular por más tiempo los celos que la atormentaban:

—¿Tanto interés te merece esa bailarina? Estoy a punto de quitarte los gemelos.

El sonrió burlanamente y, sin dejar de mirar, respondió:

—Si en vez de Reina fueses mujer simplemente, me los quitarías; pero tu soberbia de Reina te impedirá realizar una acción semejante...

—¿Pero a dónde quieres ir a parar con tus teorías?— insistió ella, desconcertada.

—Solamente a París— respondió él—. Me contento con París... ¡Oh, París de mis ensueños!

Luisa se mordió los labios para contener un sollozo e insistió nuevamente acercándose mimosa al Príncipe, que otra vez la rechazó disimuladamente, para seguir mirando al palco escénico.

El Embajador de Alfhaganistán, que desde el día del casamiento había sentido una gran simpatía por el Príncipe, al ver que miraba con tanto interés al escenario y que continuamente arreglaba sus gemelos como queriendo acercar más aun la figura que tanto llamaba su atención, se acercó a él y, ofreciéndole unos hermosos gemelos de campaña, le dijo intencionadamente:

—Alteza, permítidme que os ofrezca éstos. Con ellos podréis advertir los menores detalles de cuanto hay en el escenario.

—¡Gracias... muchas gracias! — respondió riendo el

Príncipe a la insinuación del Embajador—. Se ve que estás muy acostumbrado a esta clase de espectáculos... yo, sin embargo, he olvidado traer los míos.

La Reina dirigió una severa mirada al Embajador y seguramente que de no estar allí, en el teatro, lo hubiera despedido inmediatamente; pero la cortesía se imponía sobre el corazón de mujer y tuvo que aparentar una ligera sonrisa, que hizo exclamar a Alfredo:

—¿Verdad qué estamos muy alegres?

—Si sé lo que iba a suceder te hubiera prohibido venir esta noche al teatro—respondió ella.

—Se hubiera malogrado tu empréstito... Hubieras hecho una tontería, porque basta que me lo hubieras prohibido para que me hubiera presentado yo solo... Hay que ser consecuentes y pensar que las razones de Estado son muy superiores a las razones del corazón.

Había terminado la representación de la ópera y todo el público aplaudía colurosamente a sus intérpretes, lo mismo que Alfredo. Luisa, sin embargo, se abstuvo de aplaudir, ante el temor de que se levantara nuevamente el telón y Alfredo siguiera contemplando el cuerpo de la gentil bailarina. El se dio cuenta de ello y le dijo:

—Hay que disimular y hacer ver que estamos muy alegres, Luisa. Aplaude.

La Reina aplaudió fríamente y él insistió:

—Más fuerte; que todo el mundo vea que nos ha gustado mucho.

Era la primera vez que el conde se arrevía a ordenar a su esposa que luciera algo y Luisa, sorprendida por la

autoridad con que la hablaba, no se atrevió a contradecirle y atendió su mandato.

Al levantarse para retirarse los Soberanos, todo el público los despidió con una prolongada ovación, que los siguió hasta la puerta del real cubeco. Una vez allí, el Príncipe la ayudó a subir a su carroza y ella le ofreció un lugar a su lado. Alfredo, aparentando no darse cuenta de la indicación que se le hacía, besó respetuosamente la mano de su esposa y en alta voz, para que lo oyeran todos los que los rodeaban, se despidió de ella, diciéndole:

—Hasta luego, Majestad.

La Reina ordenó, indignada ante el gesto de su marido, que la llevasen a Palacio, esperando ansiosamente el instante en que llegara Alfredo para deshacer del todo la situación en que se encontraba. Hasta aquel momento, la Reina Luisa no había sabido lo que era un contratiempo. Crizada entre la adulación de sus cortesanos, sus menores caprichos, por extravagantes que fueran, habían sido satisfechos inmediatamente y ahora que se trataba de un asunto de su corazón, de algo más fuerte que su misma vida, veía que aquel hombre se sublevaba, imponiéndole su voluntad... Pero, a pesar de todo, ella le amaba, le amaba, sí, con toda la fuerza de su juventud... Alfredo se había apoderado de su corazón y solamente en sus brazos, percibiendo sus caricias, oyendo sus frases galanteas, Luisa comprendía la dicha de vivir... Pero todo aquello, desgraciadamente, iba a terminarse. El huía de ella, se marchaba y en aquella lucha de sentimientos, de pugna, su soberbia de Reina y su amor de mujer este último salía victorioso y la hacía claudicar

Todos los deseos que sentía de recriminar a su marido por su conducta observada en el teatro se desvanecían ante el temor de que pudiera molestarse nuevamente y cumplir su amenaza de marcharse... Pensó esto último y, al fin, decidió no decirle nada, sino mostrarse cariñosa y perdonarle su insubordinación.

MUJER, ANTES QUE REINA

La conducta del Príncipe Consorte había alarmado a todos los ministros. Veían que la discordia de los dos esposos traería consigo una inevitable separación y aquello repercutiría en el crédito financiero de la nación. La situación no podía ser más alarmante y el Presidente, a pesar de las altas horas de la noche, creyó oportuno reunir a todo el Gobierno y notificarle lo que pasaba, diciéndoles a los ministros:

—Ya habrán observado ustedes que el Príncipe se rebela contra Su Majestad y contra todos. Esta misma noche ha estado a punto de echar por tierra todos nuestros planes con su ausencia del teatro.

—No obstante—respondió un ministro—, creo que exagera la Presidencia en sus temores. El Príncipe Consorte ha llegado momentos antes de la hora de empezar el espectáculo.

—¿Pero sabía para qué?—exclamó el Presidente.

—Para salvar el empréstito—contestó el otro.

El Presidente sonrió burlosamente y respondió:

—Como no estabais tras ellos no podíais oír lo que

hablaban. Yo, sin embargo, no perdí palabra de su conversación y oí que el Príncipe le decía a la Reina que pensaba marchar mañana a París, para entablar el divorcio... Esto no se puede consentir... Hay que evitarlo a toda costa...

—Sería la primera vez que sucediese un caso parecido en la familia real—exclamó otro de los consejeros de la Corona.

—Señores—volvió de nuevo a hablar el Presidente—, es preciso que esta noche vigilemos el Palacio y que entre todos pensemos el modo de hacer desistir al Príncipe de su intención.

—Yo no veo más que un medio—propuso uno de los reunidos.

—Veamos cuál—respondió el Presidente.

—¿Sabéis todos por qué se va el Príncipe Consorte?... ¿No lo sabéis? Pues yo os lo diré. Porque no quiere seguir siendo el Príncipe Consorte, ni recibir órdenes de nadie. El quiere ser el Rey y mientras no sea así estoy seguro de que no atenderá a ninguna de nuestras indicaciones.

—¡Pero eso es absurdo!—exclamó el Presidente.

—Eso es solamente cuestión de sentirse hombre—le contestó el que antes había hablado y que era el ministro de Hacienda—. Además, el Príncipe es más listo que lo que pudierais pensar. He estudiado el informe que dejó sobre la mesa de Su Majestad, referente al modo de cubrir el déficit, sin necesidad de recurrir al empréstito, y lo creo oportunísimo... Es más: os diré que a ninguno se nos hubiera ocurrido pensar una cosa semejante, ni tan enjuiciada. A mi modo de ver, ganaríamos con ello.

—Pero ¿y la Reina?—preguntó el Presidente—. ¿Creéis que aceptaría eso?

—Tal vez sí. ¿No fué su matrimonio un matrimonio de amor? Pues si está verdaderamente enamorada del Príncipe no dudéis que aceptará todo antes que permitir que el Príncipe la deje... Además, contamos con la simpatía que el pueblo siente por él y que se ha manifestado una vez más en el teatro.

—Lleváis razón—terminó diciendo el Presidente—. Pero como para llegar a ese extremo es preciso que la Reina acepte. Espiemos esta noche lo que hacen y meditemos mientras tanto, por si la proposición del ministro de Hacienda no tuviera feliz resultado. Todo depende del amor que la Reina tenga por su esposo... Si está verdaderamente enamorada, podremos decir que hemos vencido la difícil situación en que nos encontramos.

Como es natural, fué aceptada por todos la proposición del Presidente y los ministros abandonaron el Palacio para dirigirse a los jardines y allí, en la soledad de la noche, pensar la resolución que debían adoptar.

Las habitaciones del Príncipe y de la Reina estaban iluminadas y el Presidente, antes de separarse de sus compañeros, llamó la atención de ellos y, señalando las ventanas de ambos, les dijo:

—Ved cómo el Príncipe huye a la reina. Cada uno duerme aparte... ¿Queréis más dato significativo de la discordia que existe entre ellos?

—Y los dos están despiertos—afirmó otro ministro—.

Ved en el cuarto del Príncipe cómo éste va de un lado para otro.

—Sin duda, estará pensando que la Reina irá a buscarle —terció un tercero.

—No digáis tal cosa—exclamó indignado el Presidente—. ¿Cómo podéis suponer que la Reina vaya a solicitar del Príncipe que no se vaya?... Eso sería descender.

—Yo solamente veo que si ella está enamorada, una razón para que haga tal cosa, Presidente. Pensad que el amor nunca rebaja, sino que, al contrario, enaltece. Acordaos que antes nuestra mayorpreocupación era el que la Reina no quería hablar de matrimonio y que parecía sentir una inextinguible aversión hacia los hombres... Si el Príncipe Consorte la ha hecho variar de opinión, bendito sea el Príncipe...

Siguieron hablando sobre el particular mientras paseaban por los jardines, sin que perdieran de vista las ventanas de los reales esposos, por donde cruzaban de cuando en cuando las sombras de sus ocupantes...

También Alfredo había llegado a Palacio, y en vez de dirigirse a las habitaciones de su esposa, fué a las suyas particulares y le dijo a Jacques, que lo miró sorprendido de verlo a aquella hora y en aquel lugar:

—Jacques, estás de enhorabuena.

—¿Pensáis darme algún título?—le preguntó el criado—. Porque os advierto que no me avengo a esta etiqueta de Palacio.

—Yo tampoco me avengo—respondió Alfredo—. Pero no se trata ahora de eso, sino de que nos marchamos maña-

na mismo a París... Otra vez podremos gozar de nuestra vida en la gran ciudad... ¿No te alegras?

—Pero... ¿y la Reina?—preguntó tímidamente el criado.

—La Reina se queda aquí—exclamó Alfredo—. Ella no sabría vivir en París. No sabe lo que es el amor, ni tendría tampoco soldados a quien mandar...

Jacques movió tristemente la cabeza y exclamó:

—Bueno, me marcharé a hacer el equipaje.

Pero donde marchó fué al jardín, donde le esperaba Lulú para darle cuenta de la decisión de su amo y de la separación a que se veían obligados.

—Está visto que no podemos durar mucho tiempo en ninguna parte—le dijo Jacques—. El conde se ve siempre metido en cada lío, que cualquiera los soluciona. Si yo tuviera confianza con tu señora arreglaría esto; pero cualquiera le va con una embajada semejante... ¿Capaz sería de mandarme fusilar!

—¿Y luego dicen que el amor es la felicidad?—exclamó Lulú, medio llorando—. Pues el nuestro bien triste que nos deja.

—No te importe—la animó Jacques—. Yo volveré por ti, en cuanto mi amo me deje.

Y, prometiéndose uno a otro fidelidad eterna, los dos enamorados conjugaron una vez más el eterno verbo de los amantes.

No era que Alfredo hubiera dejado de amar a su esposa. Todo lo contrario: estaba más enamorado que nunca de ella, pero su amor propio de hombre se sublevaba a aquella sumisión en que lo querían tener y protestaba enérgica-

mente. El era el hombre, y el hombre acostumbrado a mantener su decisión sobre cuantas mujeres habían pasado por sus brazos, bien es verdad que a ninguna había amado; pero eso no era obstáculo para que ahora claudicase ante los caprichos de una niña mimada. Se alejaría de Silvania un poco de tiempo y cuando su esposa, renunciando a sus fueros de Soberana, lo llamara, volvería a su lado, con la condición de que sería el marido, pero verdadero marido, no el Príncipe o Consorte, como hasta ahora había sido. El sabría demostrar a toda aquella legión de imbéciles que rodeaban a la reina que más vale ser hombre y disponer de voluntad propia que todos los agasajos y apariencias de la Corte.

La Reina, entre tanto, esperaba en su cama la llegada del Príncipe, sin poder reconciliar el sueño, ante el temor de que Alfredo no fuera a darle las buenas noches. Pasaban las horas con desesperante lentitud, sin que el conde apareciese. Terminó por convencerse de que no iría y una congoja conmovió todo su ser. Declinó sus fueros de Reina y, valiéndose del teléfono interior, llamó a las habitaciones de su esposo. Pero éste, al oír el timbre, pensó que únicamente Luisa podría llamarlo a aquella hora y descolgó el receptor.

—¡No quiere hablarme!—se dijo la Reina, dando suelta a sus lágrimas y llorando amargamente sobre la almohada de su esposo.

Intentó levantarse para ir a buscarlo, pero nuevamente volvió a la cama, poseída por un rezo de amor propio. Esperaría hasta última hora, antes de que él viera que iba a mendigarle una caricia. Pasaron varios minutos y la impa-

ciencia de Luisa aumentaba, volvió nuevamente a levantarse y, cubriéndose con un rico peinador, no dudó ya en ir personalmente a las habitaciones de su marido. Este oyó sus pasos y, para disimular, se puso a silbar un alegre cuplé, que hizo pensar a la Reina que Alfredo no se acordaba ya de ella.

Cuando llegó a la puerta de su esposo, llamó repetidamente; pero éste siguió silbando, como si no la hubiera oído.

Insistió Luisa en sus llamadas, cada vez más fuertes, hasta que Alfredo contestó:

—¿Quién va?

—Soy yo, Luisa—respondió ella.

—Buenas noches, querida—exclamó él—. Perdona que no te abra, pues estoy muy ocupado.

—Es que necesito que vayas a mi alcoba—insistió la Reina.

—¿Para qué?—preguntó Alfredo.

—Hay un ratón y me da mucho miedo.

—Pues llama a tus soldados; verás qué pronto lo matan. Yo no sé cazar ratones.

Comprendió la infeliz mujer que era inútil cuanto hiciese para desistir a su esposo de su resolución y cayó sobre una silla, que había allí mismo, llorando amargamente. Su llanto se hacía cada vez más fuerte, y más fuerte se hacía cada vez también el silbido de Alfredo, continuando la ininterrumpida canción. Al fin, se abrió la puerta del cuarto y apareció Alfredo. Luisa creyó la partida ganada cuando vio que se dirigía a sus habitaciones. Sin decirle nada, sonriendo de ver que, al fin, lo había vencido, corrió tras él

y antes de que el conde pudiera entrar en la alcoba de la Reina ella se había adelantado y se metió en la cama. Esperó varios segundos, oyendo materialmente los latidos de su corazón... El se acercaba, ya estaba en la puerta, la abrió y, por fin, entró en la alcoba. Luisa esperó a que le dijese algo, a que le presentase alguna excusa; pero su pensamiento y su deseo se vieron pronto defraudados. Alfredo, sin dirigirle la palabra, tomó de sobre una silla que había junto a la cama su pijama y volvió a salir otra vez.

¡Oh, aquello no podía quedar así!, pensó Luisa. Ya había sufrido bastante y era preciso que la reconciliación con su esposo fuese inmediata. Lo siguió nuevamente, recorriendo tras él los amplios salones de Palacio, y el conde, intencionadamente, dejó la puerta abierta para que ella en trase. Disimuló estar arreglando su maleta y cuando entró Luisa le dijo, cariñosamente, después de haber cerrado la puerta y haberse guardado la llave:

—¿Quieres que te ayude a arreglar tus maletas?

—Muchas gracias—respondió él—, pero no es lo más apropiado para una Reina.

Ella lo veía ir de un lado para otro y no podía contener el llanto que le producía la pena al ver que, verdaderamente, su esposo se marchaba. Alfredo fué a salir de la alcoba y, al ver que estaba cerrada con llave, le dijo:

—¿Me haces el favor de entregarme la llave?

—No—respondió ella—. No quiero que salgas ahora.

—¿Piensas todavía seguir abusando de tu poder de reina y sostenerme aquí hacer que aguante tus caprichos?... Si es

así, esperaré a que se antoje abrirme la puerta para seguir haciendo mi equipaje. ¿Me das la llave o no?

Luisa quiso contestar, decirle que no había quitado la llave porque era Reina, sino porque era mujer y quería tenerlo a su lado, pero los sollozos no la dejaron hablar y sólo pudo devolverle la llave con un gesto de verdadera sumisión.

Alfredo se apoderó de ella y, abriendo la puerta, afectó un extremado cariño y le dijo a su esposa:

—No es ésta la hora más prudente para que esté despierta una Reina. Debes acostarte, si no, mañana no estarás en disposición de resolver los graves asuntos de Estado.

Pero había tanta pena reflejada en aquel bello rostro, tal desconsuelo, que Alfredo no pudo menos que sentirse conmovido; mas, no obstante, siguió indicándole que saliera.

Luisa, sin atreverse a contradecir la orden de su marido, se acercó a la puerta y cuando ya estaba a punto de salir volvió de nuevo junto a su esposo y le dijo:

—¿Dónde viviremos en París?

—¿Cómo? ¿Que dónde viviremos?... ¿Querrás decir que dónde viviré?

Luisa movió negativamente la cabeza y siguió llorando.

—¿Acaso piensas ir también tú a París?

—Sí—dijo ella entre un sollozo.

—¿Con quién?—preguntó nuevamente el conde.

—Contigo.

—¿Pero me vas a seguir?—continuó preguntando el conde.

Ella, acercándose cada vez más a él, hasta reclinar su linda cabecita sobre el pecho del amado, respondió:

—A donde tú quieras.

—Entonces, ¿para qué me voy?... Si me vas a seguir es inútil que me vaya de Silvania... ¿no te parece?

—Inútil—volvió a responder ella.

—¿No podré divorciarme?

—No podrás—suspiró Luisa.

—¿Y tendré que vivir junto a ti?

—Siempre... siempre—repitió ella.

—¿Y seguiré siendo el Príncipe Consorte?

—No, Alfredo—respondió ella—. Serás lo que tú quieras.

La dulzura de ella, su sumisión, la pena que demostraba y, por otro lado, el amor que por Luisa sentía, vencieron a Alfredo y, estrechándola dulcemente entre sus brazos, pensó que, por fin, se había sentido mujer antes que Reina. Era el amor el que vencía a aquel carácter tan acostumbrado a mandar. A su imaginación acudió la primera escena que tuvo con ella, cuando era él quien aparecía culpado esperando que le castigase, y, sonriendo íntimamente, exclamó:

—¿Pero si yo soy tu marido tendré que castigarte?

—Sí, Alfredo... tendrás que castigarme—respondió ella.

—Pero ha de ser un castigo muy grande.

—Muy grande... ya lo sé—volvió a repetir.

—¿Qué castigo podría yo darte?... Porque no puedo obligarte a que te dejes la barba...

—Eso no puede ser—exclamó ella, mirándole dulcemente.

—Sin embargo, mereces un castigo.

—Sí, lo merezco—dijo a su vez la Reina.

Alfredo fué a sentarse sobre un sofá que había en su habitación y le dijo:

—Siéntate aquí, a mi lado. Pensemos en el castigo que he de imponerte.

—¡Ya lo tengo pensado!—respondió Luisa.

—¿A ver cuál es?

—El peor castigo que podrías imponerme sería el suspender tu viaje a París y obligarme a tenerte siempre junto a ti.

—¿Y a eso llamas tú castigo?

—...y obligarme a tenerte siempre junto a mí—repitió la Reina, acabando la frase, que su esposo no le había dejado terminar—. Entonces tú me dirías: “¿De ahora en adelante yo mando aquí y como rey, te ordeno que no te separes de mi lado, que estés siempre conmigo... toda la vida...”

Alfredo ya no pudo contenerse y, estrechando entre sus brazos a Luisa, exclamó:

—¡Mi Luisa!... ¡Así te quiero!... ¡Así te he querido siempre! ¡Mujer antes que nada!

—Y lo seré—respondió ella alegremente, abrazándose a su esposo—. Yo te prometo que desde hoy olvidaré que soy Reina para no pensar más que en tu amor, que es toda mi vida... Yo no sabía lo que era esto hasta que te conocí.

—Porque no conocías la mayor dicha de la tierra—res-

pondió Alfredo—. El amor es el ideal más bello de los seres. Sin él, la vida carece de valor. Más vale una hora de amor que una eternidad sin él. Yo te prometo que no te pesará. Si dejas de ser Reina de Silvania serás, sin embargo, reina de mi corazón, Luisa.

Y tiernamente enlazados, como aquella noche en que por vez primera cenaron juntos, reclinada su bella cabecita sobre el hombro del ser querido, entonó la dulce canción que él le había enseñado... aquel desfile de amor en el que Alfredo quiso expresar toda la pasión que había despertado en él.

Cuando hubieron acabado, Alfredo la enlazó por el tallo y le dijo, sonriendo:

—¿Sabes lo que pienso?

Ella lo miró interrogándole con los ojos y Alfredo le respondió:

—Pienso que si no fuera por las salvas diría que esta noche es la verdadera noche de nuestro matrimonio, porque es cuando nuestros corazones han llegado a entenderse.

Luisa sonrió mimosamente a la exclamación de su esposo y se dejó conducir por él hasta sus habitaciones.

Conforme iban marchando, tras ellos se iban abriendo las puertas de las camareras y todas sonreían satisfechas al ver la amante pareja. La intranquilidad que existía en la Corte había desaparecido. Bastaba ver la satisfacción de los dos esposos para comprender el intenso amor que los unía. Silvania no se quedaría ya sin Príncipe Consorte,

puesto que lo había vencido el amor de una mujer, convirtiéndolo en dueño de su corazón. Pero no era solamente aquel idilio el que amparaba el Palacio Real, sino que en las frondosas avenidas del Parque, algunas damas seguían el ejemplo de su soberanía y tejían al lado de los apuestos oficiales de la guardia real, con los hilos dorados de la ilusión, sus sueños de amor. El Palacio de Silvania se había convertido en una mansión mágica donde sólo se respiraba amor y dicha.

Y mientras que Alfredo y Luisa volvían a sus habitaciones, los ministros, que seguían en sus puestos de observaciones, no los perdían de vista.

—Las habitaciones de la Reina se han iluminado—exclamó de pronto el Presidente—. Y ella entra acompañada del Príncipe—siguió diciendo.

—¡Albricias!—gritó otro de los ministros—. ¡Mirad, señores, mirad! La Reina y el Príncipe se abrazan amorosamente.

—¡Gracias a Dios!—exclamó el Presidente, lanzando un suspiro de satisfacción—. Por fin, ha encontrado nuestra Reina el amor... ¡Silvania está salvada!...

Cerca de ellos, otra pareja muy conocida de nuestros lectores, Jacques y Lulú, seguían su interesante coloquio, cuando la doncella le dijo al mayordomo del Príncipe:

—¡Jacques... ya no te vas!

—¿Por qué?—preguntó el extrañado de aquella exclamación.

—Porque tu amo se queda en Silvania.

Jacques la miró, temiendo que hubiera perdido el juicio, y le puso la mano en la frente para ver si estaba delirando.

—No creas que estoy loca—le dijo nuevamente Lulú—. Te he dicho que tu amo no se va y estoy segura de ello.

El criado se apartó un poco del lado de su novia ante el temor de que le fuera a dar un ataque, de cuyas consecuencias no solía él salir muy afortunado, y ella, cogiéndole por una mano, lo llevó frente a la ventana de las habitaciones de la Reina y le dijo, señalándole para aquel lugar:

—¿Qué ves allí?

—Dos sombras que se mueven—respondió Jacques.

—¿Y ahora?—insistió Lulú.

—Las mismas sombras que se abrazan.

—¿No sabes quiénes son?... Pues son la Reina y tu amo... El amor los ha unido de nuevo; ya podemos ser felices, ya podemos querernos, Jacques.

—Y pelearnos, que para eso somos vulgares—exclamó Jacques, dándole un sonoro beso a su novia, que por toda contestación le dio una bofetada, castigando su atrevimiento; pero al ver que se llevaba la mano a la parte dolorida, se arrepintió de su acción y se acercó nuevamente a él, diciéndole:

—Perdóname; en recompensa te dejo que me beses otra vez.

—No, no; me doy por satisfecho—exclamó Jacques in-

intentando alejarse. Mas ella lo tenía sujeto y en vista de que él se negaba a besarla, fué ella la que lo estrechó entre sus brazos, concediéndose a sí misma el perdón con el beso que le dió su amado.

Y en la alcoba real, Luisa, abrazada a su marido, le repetía una vez más:

—¡Cuánto te amo, Alfredo!... ¡Mío!... ¿Verdad?

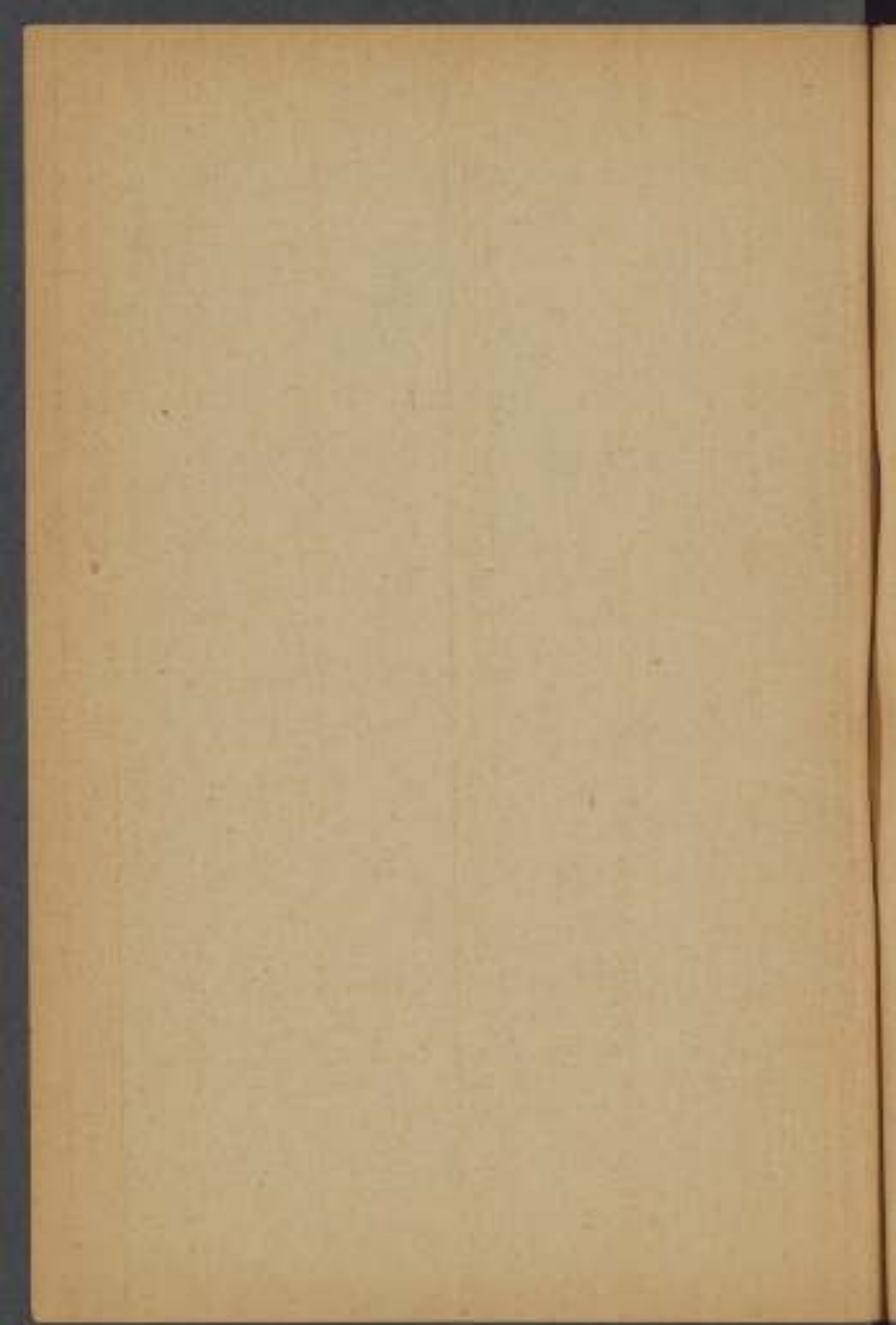
—Sí, mi Luisa... ¡Tuyo, siempre tuyo!

FIN



LA DIRECCIÓN ARTÍSTICA Y
GRABADOS DE LAS PORTADAS A
CARGO DE LA IMPORTANTE CASA

BADAL Y CAMATS
PARÍS, 201 - TELÉFONO 74071
BARCELONA



Ediciones Biblioteca Films

LA MAS AMENA - - LA MAS SENSATA - - ARTISTAS ILUSTRACIONES

96 páginas de texto

PORTADA A TODO COLOR

EL ARCA DE NOÉ
LA MUJER DISPUTADA
TRAFALGAR
LA MÁSCARA DE HIERRO
LAS MENTIRAS DE NINA
PETROWNA
EL LOCO CANTOR
LOS PECADOS DE LOS
PADRES
EL AMOR Y EL DIABLO
EL DESFILE DEL AMOR (2ª edic.)
LA INTRUSA

George O'Brien
Norma Talmadge
Corinne Griffith
Douglas Fairbanks

Brigitte Helm
Al Jolson

Emil Jannings
María Corda
M. Chevallier
G. Swanson

PRONTO:

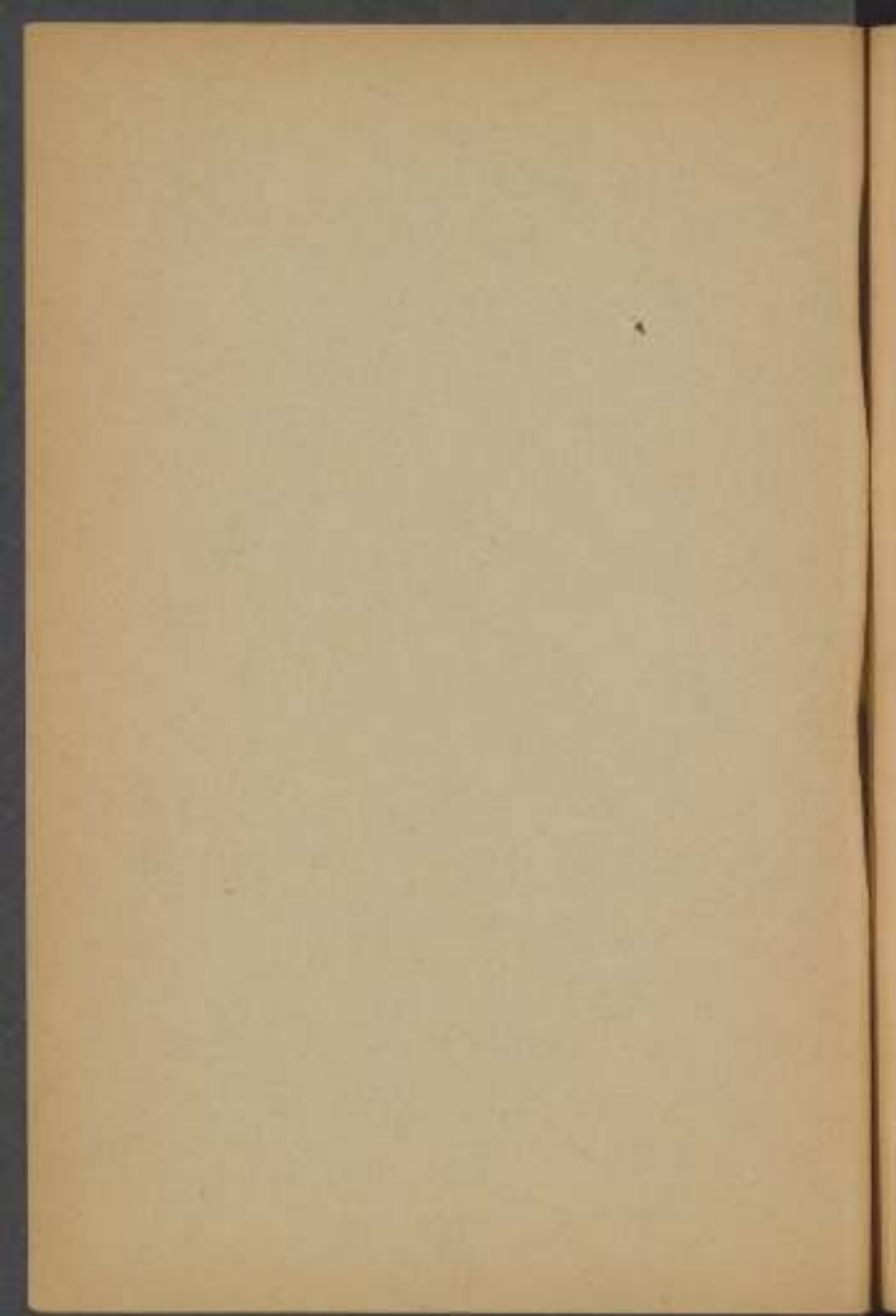
EL CAPITÁN DE LA GUARDIA

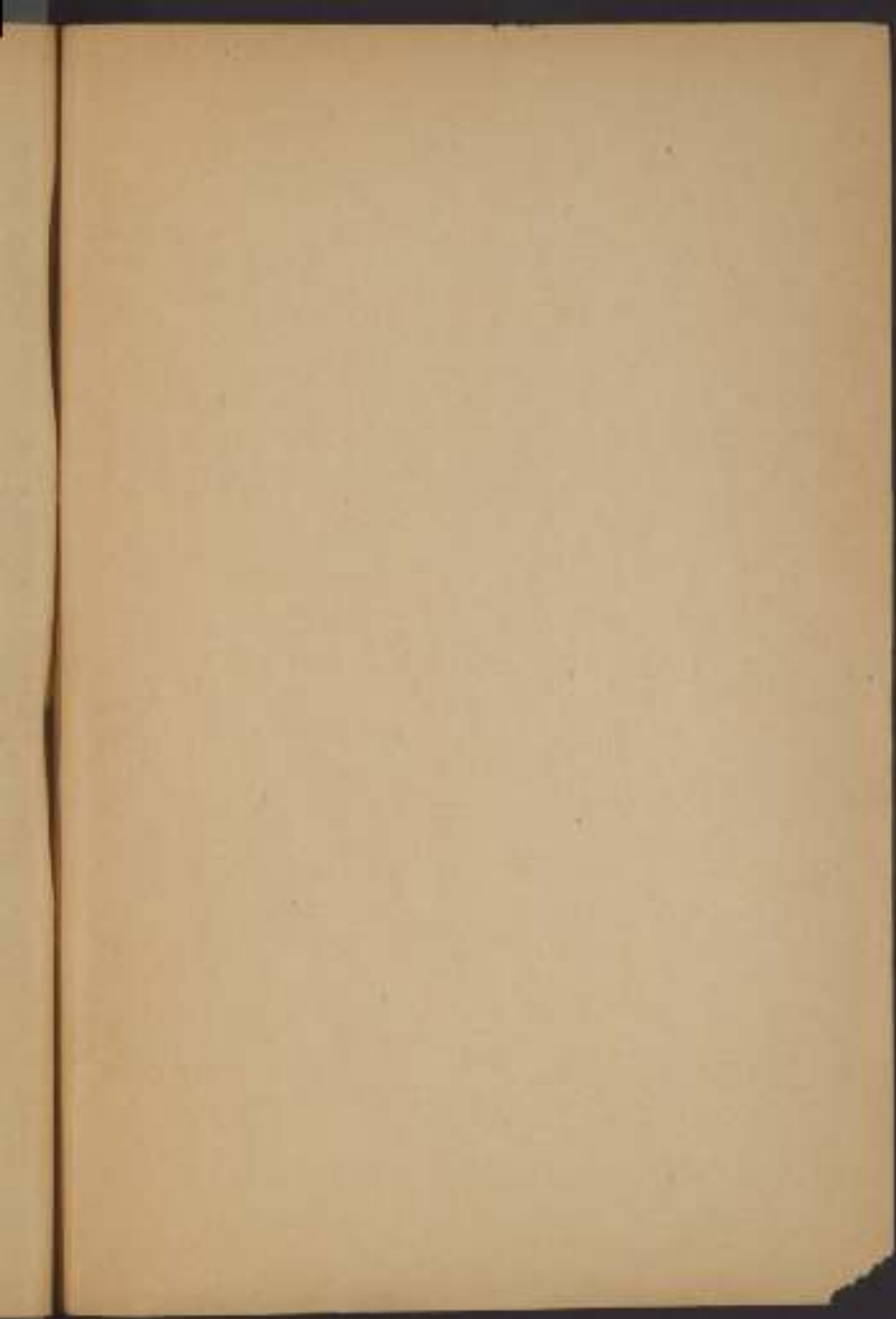
por LAURA LA PLANTE y JOHN BOLES

PRECIO DEL LIBRO:
UNA PESETA

Señales algunas sueltas y colecciones completas, previo
corte del importe en vales de correo. Remite cinco cé-
ntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films, Apartado 707, Barcelona





UNA peseta